

*Tu marido*  
es tu Hacedor



Martha Nighswander

# Tu marido es tu Hacedor

Consejos para mujeres solas

**Martha Nighswander**

ISBN-13: 978-1-61778-316-6

ISBN-10: 1-61778-316-1

Edición original en inglés: *Thy Maker Is Thy Husband*

© 2008 Martha Nighswander

Box 26, Barwick, ON POW 1A0 Canadá

Tel.: (807) 487-2224

© 2012 Publicadora Lámpara y Luz

Traducido de *Thy Maker Is Thy Husband* con permiso de Martha Nighswander

Primera impresión 2013

Impreso en los Estados Unidos de América

A no ser que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la Versión Reina-Valera

© 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas  
Usado con permiso

# Contenido

[¡Lo he encontrado!](#)

[Reconocimientos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1 El símbolo o la realidad: ¿cuál es fundamental?](#)

[Capítulo 2 ¿Qué clase de novia busca el novio?](#)

[Capítulo 3 ¿Qué clase de marido busco?](#)

[Capítulo 4 Los novios escogen](#)

[Capítulo 5 Los votos matrimoniales](#)

[Capítulo 6 El marido cumple con su papel](#)

[Capítulo 7 La esposa cumple su papel](#)

[Capítulo 8 Los dos andan juntos](#)

[Capítulo 9 Las prioridades](#)

[Capítulo 10 Las relaciones íntimas](#)

[Capítulo 11 El fruto del matrimonio](#)

[Capítulo 12 No lo separe el hombre](#)

[Capítulo 13 Para siempre con el Señor](#)

[Apéndice 1 Breves biografías de solteras mencionadas en la Biblia](#)

[Apéndice 2 Solos sin ser solitarios](#)

## *¡La he encontrada!*

Preciosa perla encontré,  
canta mi corazón.  
Cristo es mío; cantaré,  
ya él es mi canción.

De vida el árbol, Cristo es,  
y fruta dulce da.  
Es mi encanto y placer,  
de todo me suplirá.

Mi Salvador, Pastor, Señor,  
vocero celestial.  
Mi consejero, Padre, Dios,  
mi amigo eternal.

Mi vida, ley y senda fiel,  
consuelo y salud.  
Paz, esperanza y gozo es,  
gloria y plenitud.

Mi todo en todo es Jesús.  
¡Qué Cristo sin igual!  
Tesoro mío; cantaré  
de gozo celestial.

—*J. Mason*

# Reconocimientos

Ante todo agradezco a Dios mi Hacedor y al Señor Jesucristo mi Salvador, sus muchas verdades maravillosas. No habían entrado en mi corazón antes, pero me son reveladas ahora por su Espíritu (véase 1 Corintios 2.9–10).

Estoy en deuda con mis padres. Mi mamá está en la gloria; mi papá está conmigo aún. Fuimos siempre muy amigos. Siempre me animaron a servir al Señor con gozo y con valor.

¡Cuánto agradezco a los ministros del evangelio, en especial a los de mi congregación, la “Iglesia Menonita Pineview” de Barwick, ON, Canadá! Mi deseo de estudiar más a fondo la Biblia fue estimulado por muchos conceptos presentados en varios mensajes de inspiración predicados por ellos.

Reconozco con gratitud el apoyo constante de mis amigos y de otros miembros del cuerpo de Cristo. Aunque no apunté las fuentes, sé que muchos de los conceptos de este libro son prestados. Los aprendí de varias fuentes, como un sermón, una charla, una lección de escuela dominical, una revista, un libro de inspiración, o un diálogo de confianza. En realidad, no hay nada original en este libro, porque ¿no es cierto que todo conocimiento se adquiere? ¿Qué tengo que no haya recibido? (Véase 1 Corintios 4.7.) Les estoy agradecida a Mervin Brubacher, a Jane Krahn, a mi hermana Esther y a mi sobrina Joanna por su ayuda en revisar y corregir el manuscrito. También le estoy agradecida a Malinda Martin que lo pasó a máquina.

—*Martha Nighswander*

# Prólogo

Escribí este libro para las muchas amigas mías que son solteras mayores, viudas, o que están solas porque el esposo las ha dejado. Escogí el título de Isaías 54. En ese capítulo, Dios consuela a la nación de Israel que se siente rechazada y abandonada a causa de las aflicciones. Israel se siente como viuda no deseada y estéril en un ambiente adverso. Es sacudida por la tempestad; no tiene ni hogar ni herencia permanente. Sin embargo, se ha arrepentido de su mal y anhela renovar su pacto con Dios.

El Señor la consuela con decirle que no cambiará su fiel amor por ella ni vacilará su pacto de paz aunque se muevan las montañas y tiemblen los collados. *“Porque tu marido es tu Hacedor”*, declara él. Y dice: “Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado”.

Muchas veces en las escrituras se habla de Dios como el esposo de Israel, y se refiere a Cristo como el novio de la iglesia. Según la Biblia, también es correcto hacer la comparación entre la relación matrimonial y nuestra relación personal con Cristo. Cristo es el esposo y compañero precioso de todo creyente, sea hombre o mujer, casado o soltero. Sin embargo, para los que somos adultos solteros o estamos solos, hay un significado especial en esta comparación.

Notemos unos versículos de la Biblia que se refieren de manera clara a Dios o a Jesús como el esposo:

“Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová” (Oseas 2.19–20).

“Nunca más te llamarán Desamparada, ni tu tierra se dirá más Desolada; sino que serás llamada Hefzibá,<sup>[i]</sup> y tu tierra, Beula;<sup>[ii]</sup> porque el amor de Jehová estará en ti, y tu tierra será desposada. Pues como el joven se desposa con la virgen, se desposarán contigo tus hijos; y como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo” (Isaías 62.4–5).

“Convertíos, hijos rebeldes, dice Jehová, porque yo soy vuestro esposo” (Jeremías 3.14).

“Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Corintios 11.2).

“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador.

Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella (...). Yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia” (Efesios 5.22–25, 32).

“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo:

Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios” (Apocalipsis 19.7–9).

“Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios” (Apocalipsis 21.9–11).

Hay muchos otros pasajes en la Biblia que indican que es posible tener una relación con Dios y Cristo tan íntima como con el cónyuge. Hasta podría ser más íntima.

Por supuesto, no sólo el matrimonio es símbolo de la relación con Cristo. La escritura muestra que el Señor Jesús es también maestro, rey, autor de la salvación, salvador, sumo sacerdote y abogado. Es el pastor de las ovejas y la puerta del redil. Es el camino de la verdad y la luz que alumbra el camino. Es el cordero de la expiación. Es la cabeza de su cuerpo, la iglesia. Es el agua viva, el pan de vida y la vid de la rica savia. En realidad, él hace las veces de cualquier familiar o ser amado que nos haga falta, sea hermano mayor, padre, esposo, hijo o amigo. La Biblia habla también de Dios el Padre como de un padre compasivo, una madre consoladora, y un águila que cuida de sus polluelos.

Dios, Cristo y el Espíritu Santo significan mucho para nosotras. Una vez comencé una lista de lo que el salmista dice que Dios es para su vida: mi fortaleza, mi roca, mi luz, mi cántico, mi escudo, mi escondedero... Pronto comprendí que no sería exageración si dijéramos que él es *todo* para los que le aman. Por medio de una sola comparación no se podría explicar todo lo que es para nosotras nuestro buen Señor. La Biblia contiene muchas comparaciones que nos permiten entender que Cristo suple toda necesidad en todo aspecto de la vida.

La comparación subrayada vez tras vez en este libro es la de Cristo como nuestro amado novio y esposo.

El que yo haya escrito este libro no significa que siempre he sido victoriosa como soltera. No significa que haya vivido sin problema alguno, completamente satisfecha, ni que lo sepa todo. Al contrario, me hacían mucha falta las respuestas, y escudriñé las escrituras para hallarlas. No me desilusioné. Hace unos años, sentí un deseo apremiante de notar en especial las escrituras que hablan de nuestra relación con Cristo y Dios según se ejemplifica en el matrimonio. Dicho estudio resultó ser de tanta inspiración que cambió mi vida. Además, ha sido de ánimo y bendición tales que escribí este libro para hacerte partícipe de lo que aprendí.

*Tu marido es tu Hacedor* no es ningún libro de cuentos. Si lees rápidamente las escrituras citadas, o si las pasas por alto en busca de entretenimiento, no disfrutarás este libro.

Yo deseaba hallar el fundamento de la vida soltera realizada. Ese fundamento consiste en una relación con el que *es* el fundamento, la fuente, y el único recurso que suple cada detalle de la vida.

Este libro resultó de una búsqueda muy personal de la verdad. Si de verdad quieres hallar la gracia y el poder para probar que es posible llevar una vida de plenitud de gozo, independientemente de tu estado civil, recibirás inspiración junto conmigo al leerlo.

—Martha Nighswander

## Capítulo 1

### *El símbolo o la realidad: ¿cuál es fundamental?*

Para muchos cristianos, dos de los sucesos más importantes en la vida son la conversión y el matrimonio. Si no me caso nunca, es muy humano creer que me negaron uno de los mejores regalos de la vida. Pero, ¿será cierto eso?

El matrimonio es una ordenanza bíblica. Es un símbolo terrenal visible y concreto que tiene el propósito de enseñarnos una verdad espiritual. La verdad a enseñar siempre tiene más significado que lo visible, y efectúa un cambio más notable en la vida.

Piensa, por ejemplo, en algunas ordenanzas que se enseñan en el Nuevo Testamento y verás que la verdad representada por la ordenanza es de muchísimo mayor importancia que la ordenanza en sí:

**El bautismo:** Cuál es más importante, ¿el agua del bautismo, o la seguridad de que el alma se ha limpiado del pecado y es miembro del cuerpo de Cristo?

**La cena del Señor:** Cuál es más maravilloso, ¿el pan y el fruto de la vid, o el cuerpo y la sangre de Cristo? Qué es más maravilloso, ¿participar de la santa cena a intervalos regulares, o tener constante comunión con los creyentes?

**La unción con aceite:** ¿Acaso el aceite en sí tiene más importancia que cualquier aceite de cocina? ¿No serán la sanidad que pedimos, el examen de conciencia que hacemos junto a la cama del enfermo, y la entrega de confianza a la perfecta voluntad de Dios lo que le da importancia a esta ordenanza?

**El lavatorio de los pies:** ¿Tendría gran significado lavarle los pies a la hermana si no hubiera amor y un servicio abnegado todos los días?

**El velo de la mujer:** ¿Qué significado tiene la tela en la cabeza comparada con la seguridad que proviene de una sumisión humilde a la autoridad establecida por Dios?

**El ósculo santo:** Cuál muestra mejor el cariño, ¿el ósculo, o el espíritu de amor y paz?

¡Las respuestas a todas estas preguntas son patentes!

Ahora bien, pensemos en **el matrimonio**: Cuál es más emocionante, ¿la unión de un hombre y una mujer en el matrimonio, o lo que simboliza esa unión? (El matrimonio simboliza la unión de los fieles con Cristo.)

¿Es igualmente patente la respuesta a esta pregunta? ¡Ojalá que sí!

“Pero”, dices, “¿acaso no es maravilloso el matrimonio?”

Sí, lo es. Todos los símbolos que Dios ha instituido son hermosos. Es probable que el matrimonio sea el más hermoso por ser la relación más íntima que el ser humano puede gozar en la tierra. Es muy personal y representa la relación más maravillosa de todas: nuestra unión y comunión con Cristo.

Ninguna ordenanza tiene mérito ni valor sacramental en sí. Supongamos que te murieras antes de tener la oportunidad de bautizarte o celebrar la cena del Señor. ¿Tendrías menos gozo en el cielo por eso? ¿Sentirías que se te negó lo más importante y significativo? ¡No!

Igual será para aquellas a las que nunca se les propuso matrimonio. En el cielo, nuestro gozo será completo porque no se nos habrá negado la relación de más importancia y



significado. El matrimonio terrenal termina con la muerte, pero el matrimonio con Cristo es una unión eterna que ni la muerte puede separar. La muerte nos abre las puertas a la “cena de las bodas” (Apocalipsis 19.9), que sellará para siempre la unión que comenzó aquí en la tierra.

Como solteras, somos conscientes de que no participamos en este símbolo maravilloso. Pero esa pequeña sombra en nuestras vidas se disipa bajo la maravillosa luz de la relación que tenemos con Cristo. Él nos da una vida satisfactoria. Ningún hombre en el mundo nos puede dar una seguridad igual. Reconozco ante mis amigas casadas que quizá no sepa cuánto perdí por no casarme. Pero sé lo que tengo: ¡tengo lo mismo que para ellas es también imprescindible!

¿En qué consiste la ordenanza del matrimonio? ¿En una boda solamente?, ¿en el hecho mismo de casarse? ¿Acaso el matrimonio es algo que se observa sólo en el día de la boda? Según el diccionario y la enseñanza de la Biblia, “matrimonio” puede referirse también *al estado de ser casada*, a la relación y unión íntima y de por vida de los esposos. Por lo tanto, la unión íntima de los esposos es un símbolo de nuestra unión íntima y continua con Cristo.

Nuestro matrimonio con Cristo no consiste sólo en la futura cena de bodas del Cordero y lo que sigue. Ya estamos comprometidas con Cristo. Ya estamos unidas a él *espiritualmente* en una relación amorosa, significativa y fructífera.

Dios nos dio ordenanzas como recordatorios y ejemplos que nos ayudan a apreciar las maravillas de las realidades espirituales. Cuando lleguemos al cielo, veremos todas estas maravillas en plena, gloriosa y eterna realidad. Hasta ese día, las ordenanzas facilitarán la comprensión de las realidades espirituales.

El símbolo o la realidad, ¿cuál es fundamental? Sin duda, ahora lo sabemos.

Quiero que tú, amiga soltera, pienses conmigo en que todo aspecto del matrimonio simboliza algún gran privilegio de la relación que gozamos con Cristo. No es necesario que consideremos inaplicable o irrelevante para nuestras vidas lo que notamos en el matrimonio exitoso de la amiga, lo que oímos en una boda y lo que leemos en la Biblia sobre el matrimonio. Por el contrario, todo esto nos debe motivar a poner por obra los principios ilustrados porque nosotras también estamos en una unión santa con alguien.

¡Tu marido es tu Hacedor!

## Capítulo 2

### *¿Qué clase de novia busca el novio?*

Por lo común, el novio comienza la amistad con la novia. De manera parecida, Cristo es el que inicia la relación con nosotras. Cristo nos amó antes que nosotras lo amáramos.

¿Por qué nos amó Cristo? ¿De verdad buscaría compañerismo? ¿Se sentiría solo? Cristo sí experimentó la soledad humana cuando estuvo aquí en la tierra. Sin embargo, en su divinidad Cristo es alto y sublime. Él no tiene necesidad de nada de la misma manera en que nosotras, personas creadas por él, tenemos necesidad (véase Hechos 17.25). Sin embargo, la Biblia enseña que Cristo nos creó para sí mismo. Nuestro compañerismo es motivo de satisfacción para él. La Biblia dice que “Jehová tiene contentamiento en su pueblo” (Salmo 149.4).

Comúnmente, creemos que Cristo nos ama por la misericordia y la compasión paternal que tiene de nosotras. Eso es cierto. Sin embargo, Dios amaba a Adán y Eva y disfrutaba el compañerismo con ellos aun *antes* de que pecaran y necesitaran de su misericordia y compasión.

Cristo halla compañerismo íntimo con los seres que tienen libre albedrío. Nosotras podemos decidir si vamos a adorarlo o no. El amor y la adoración que le damos le son muy gratos porque lo hacemos de voluntad propia. Cristo vino a la tierra con el propósito de buscar y redimir para sí una novia que lo ame de voluntad propia.

¿Qué busca nuestro Hacedor y novio en nosotras, su novia?

### **Una novia que le pertenezca**

Este deseo de Cristo no es un deseo egoísta. Todo buen novio sabe que un sentido de pertenencia de parte de ambos cónyuges es parte de un buen matrimonio.

La novia que confía en su amado se entregará a él con todo gusto. Le será un placer pertenecer a él y sujetarse. “Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas”, dice Pedro en 1 Pedro 3.6, “si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza.”

Hay esposas que tienen razón de temer amenazas de parte de su marido. Sin embargo, la esposa del varón bueno, el de un carácter como el de Cristo, no tendrá razón de temer porque el esposo apreciará muchísimo a la que le pertenece, “dando honor a la mujer como a vaso más frágil” (1 Pedro 3.7).

Yo creo que lo que se dice en Proverbios 31.11–12 de la mujer virtuosa se puede decir del varón virtuoso también: “El corazón de su [esposa] está en [él] confiado (...). Le da [él] bien y no mal todos los días de su vida.”

Nosotras no tenemos ninguna razón de temer porque nuestro marido y Hacedor quiere que seamos de él, y nos ha amado más que ningún otro. Nos tentó otro que es verdaderamente horrible. Nos secuestró por medio de placeres vanos y nos esclavizó, alejándonos del que verdaderamente nos ama. Pero nuestro novio derramó su sangre y con ella nos compró para que volviéramos a estar con él. Él es puro amor, y nos dice:

“No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú (Isaías 43.1).

“Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos” (Levítico 20.26).

Somos la amada de Cristo. Como ningún otro, él tiene el derecho de amarnos y poseernos como muy suyas.

Alcemos las manos y digamos con admiración:

Soy de él, ¡oh cuánto gozo!,  
canta alma, de su amor.  
Mío es él; cuán asombroso,  
cuento de mi Salvador.

Jesús siempre a mi lado;  
fluye el gozo como un río.  
En su seno abrigado,  
soy de él, y él es mío.

—*Eleanor Allen Shroll*

“Yo soy de mi amado, y mi amado es mío” (Cantares 6.3).

## Una novia que haga un pacto con él

El matrimonio es permanente a causa del pacto; es hermoso a causa del amor. De la misma manera, nuestra relación con Cristo es permanente a causa del pacto. Y el amor (principalmente el amor de él) la embellece.

El rey David, varón conforme al corazón de Dios, “hizo delante de Jehová pacto de caminar en pos de Jehová y de guardar sus mandamientos, sus testimonios y sus estatutos, con todo su corazón y con toda su alma, poniendo por obra las palabras del pacto que estaban escritas en aquel libro” (2 Crónicas 34.31).

Esto lo hacemos cuando nos entregamos al Señor Jesús, arrepentidos de nuestra rebelión. Debemos creer en él de todo corazón, confesarlo públicamente con la boca, y recibir el bautismo con agua.

La escritura del pacto entre Jesús y nosotras no está escrita “con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón” (2 Corintios 3.3).

## Una novia que lo escoja voluntariamente

Dios nos ama a todos, “no queriendo que ninguno perezca” lejos de su amor. Pero no exige que hagamos pacto con él a la fuerza. Él escoge a los que lo escogen a él.

A la vez, si no fuera porque él decidió darnos la opción de escogerlo, nosotras nunca habríamos llegado a amarlo ni escogerlo. Su amor nos impulsa al arrepentimiento, la fe, la entrega y la dedicación. Nosotras “le amamos a él” *solamente* “porque él nos amó primero” (1 Juan 4.19). ¡A él las gracias eternamente!

La Biblia dice: “Escogeos hoy a quién sirváis” (Josué 24.15). Jesús desea que escojas servirle a él. Él alaba a la persona que lo hace: “María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada” (Lucas 10.42).

## Una novia que lo ame con un amor exclusivo

Nuestro marido Cristo nos dice:

“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro” (Mateo 6.24).

“El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí” (Mateo 10.37).

“Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2.15).

## Una novia que le tenga una confianza incondicional, y que le obedezca

Hermana, Jesús te dice: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; (...) y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14.21).

Y el salmista nos asegura: “Bienaventurado el hombre que teme a Jehová, y en sus mandamientos se deleita en gran manera. (...) Su corazón está firme, confiado en Jehová” (Salmo 112.1, 7).

## Una amiga íntima con la cual compartir sus pensamientos íntimos

Dios gozó tal amistad con Abraham y con Moisés:

“Abraham creyó a Dios, (...) y fue llamado amigo de Dios” (Santiago 2.23; véase también 2 Crónicas 20.7).

“Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero” (Éxodo 33.11).

Aun antes de que el Espíritu Santo habitara en cada creyente, Dios escogía a ciertas personas como amigas. Cuanto más posibilidad hay en esta era del Nuevo Testamento de ser amiga de Jesús. Lo que dijo Jesús es prueba de lo mismo: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (Juan 15.14–15).

¡Jesús quiere que tú seas su amiga!

### Capítulo 3

## *¿Qué clase de marido busca?*

Dices que te sientes sola?  
¿No hay nadie a tu lado  
que comparta tu anhelo  
o el gozo que Dios ha dado?

¿Dices que buscas a alguien  
a quien dar tu corazón;  
alguien firme, un apoyo,  
haya paz o turbación?

Cuando ves un buen hogar,  
¿anhelas algo parecido,  
algo como el amor  
entre esposa y marido?

Piensa bien, hermana mía,  
Dios de ti no se olvida.  
No debes tú sentirte sola;  
el Señor mismo hoy te cuida.

Dios será tu buen amigo.  
Más amor que la casada  
ha sentido, él te da;  
de Dios tú eres la amada.

Cuando en prueba tú te halles  
tu amigo te pulirá.  
Él comparte tu gran deseo;  
su merced te abrazará.

Entrégate a él del todo,  
aprende a amarle más y más.  
Otro amor no necesitas,  
con gran confianza vivirás.

—*Autor desconocido*

Probablemente toda soltera normal cree a veces que le hace falta un marido. Somos seres dependientes por naturaleza. Me he dado cuenta de que en esos momentos es mejor orar de esta manera: “Señor, ¿por qué deseo un marido? ¿Qué, en realidad, deseo?”, en vez de pensar: “Señor, necesito un marido...”

Si analizo correctamente en esos momentos mi necesidad verdadera, casi siempre me doy cuenta de que *Cristo* la puede suplir. Si dependo de él, veré que él suple la necesidad aun mejor de lo que podría suplirla un marido humano.

¿Qué clase de marido busco?

## Alguien que provea por mí

Existen muchas promesas en la Biblia en cuanto a las abundantes provisiones que Dios nos quiere dar. Por ejemplo:

“No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? (...) Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6.31–33).

“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Filipenses 4.19).

¿Cuál marido terrenal pudiera darse el lujo de proveer tan abundantemente para su esposa? A veces me gustaría que otro trabajara por mí y que yo no tuviera que ganarme la vida. Sin embargo, me toca solamente aprender a depender directamente de mi marido celestial. Él nunca sufrirá ninguna pérdida de sus riquezas en la gloria.

## Alguien que me ayude a llevar las cargas

Nuestro marido celestial desea ayudarnos a llevar las cargas de la vida. La Biblia dice que “él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mateo 8.17). Oye lo que nos dice:

“Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará” (Salmo 55.22).

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. (...) porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11.28, 30).

El hecho de no tener un marido humano no significa que no haya quién nos ayude a llevar las cargas. ¡Debemos recordar que Cristo siempre está dispuesto a llevarlas!

A veces Cristo lleva nuestras cargas a través de la ayuda de los hermanos. Lo único necesario es que seamos humildes para comunicar nuestras necesidades y pedir ayuda. Muy a menudo, por creer que solamente un marido podría ayudarnos, nos quedamos calladas. En realidad, Dios nos ha dado muchos amigos que son uno en Cristo Jesús con nosotras, y ellos quieren ayudarnos a llevar nuestras cargas, cumpliendo así la ley de Cristo.

## Alguien que conozca mi corazón y lo comprenda

Jesús dice: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen” (Juan 10.14).

Lee Juan 4 y nota que Jesús conocía íntimamente el corazón de la mujer samaritana. A veces enfrentamos mucha turbación emocional y apenas nos comprendemos a nosotras mismas. Pero mayor que nuestro corazón es Cristo, y “él sabe todas las cosas”. A un marido humano le resultaría difícil comprendernos a veces, pero Cristo siempre nos comprende perfectamente. Nuestro marido conoce nuestro corazón y lo comprende:

“Sólo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres” (1 Reyes 8.39).

“Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. (...) Has entendido desde lejos mis pensamientos” (Salmo 139.1–2).

## Alguien que me haga feliz

Jesús nos dice: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Juan 15.11).

El salmista dijo: “En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Salmo 16.11).

Podemos experimentar la plenitud de gozo sin tener un marido humano. Me pregunto si nosotras las solteras verdaderamente creemos eso...

El mundo promueve la idea de que es imposible alcanzar verdadera felicidad sin tener relaciones íntimas. Como cristianas, no debemos aceptar este concepto equivocado de lo que es la felicidad. Precisa creer la palabra de Dios. Si la creemos, podremos alegrarnos “con gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1.8) aunque nunca nos casemos.

## Alguien que me haga florecer

Jesús dice: “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15.5).

Pablo permitió que Cristo lo hiciera florecer y alcanzar su plenitud. Él testifica: “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4.11-13).

Nosotras también podemos permitir que Cristo nos haga florecer y alcanzar nuestra plenitud, así como el buen marido amoroso motiva a su esposa a desarrollar su potencial.

## Alguien que me ayude a tomar decisiones

Jesús nos prometió: “El Espíritu de verdad, (...) os guiará a toda la verdad; (...) tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 16.13-14).

Muchas veces nos falta sabiduría para tomar decisiones correctas. La Biblia dice: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Santiago 1.5).

Cristo nos da sabiduría para tomar decisiones acertadas. A veces él nos da la sabiduría necesaria por medio del consejo de los hermanos. Recibamos su buen consejo.

## Alguien fuerte y firme, paciente y amable

El Señor posee una perfecta combinación de fuerza y amabilidad. En Isaías 40 esto se describe de manera notable. El versículo 10 dice: “He aquí que Jehová el Señor *vendrá con poder, y su brazo señoreará*; he aquí que su recompensa viene con él, y su paga delante de su rostro”.

El versículo 12 dice que él mide las aguas, los montes y los cielos. Estos dos versículos demuestran la incomprensible fuerza del Señor.

En medio de estos dos (en el versículo 11), vemos que el Señor también es sumamente tierno y amable, como un buen pastor de ovejas: “Como pastor apacentará su rebaño; en su

brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; *pastoreará suavemente* a las recién paridas”. ¿No es hermoso eso?

En Mateo 12.18–21 vemos otro cuadro notable de nuestro Señor: “He aquí mi siervo, a quien he escogido; mi Amado, en quien se agrada mi alma; pondré mi Espíritu sobre él, y a los gentiles anunciará juicio [no me juzgará mal nunca]. No contendrá, ni voceará, ni nadie oirá en las calles su voz [no sacaré a la luz pública mis problemas]. La caña cascada [ésta soy yo a veces] no quebrará, y el pábilo que humea [apenas encendida] no apagará [no se dará por vencido al trabajar conmigo] hasta que saque a victoria el juicio. Y en su nombre esperarán los gentiles.” ¡Me parece un marido muy amable! Por lo tanto, yo decido ser una de las que esperan en él.

### Alguien considerado que siempre me brinde apoyo

A veces uno oye decir que fulano “siempre me brinda apoyo”, refiriéndose al cónyuge, un pariente, o un buen amigo. Sin embargo, nadie puede apoyar *siempre* porque es humano. Pero nuestro Hacedor sí puede brindarnos apoyo, *¡siempre!* “He aquí”, dice Jesús, “yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28.20).

¿Sabías que Hebreos 13.5, en el griego en que se escribió originalmente, tiene cinco palabras que indican negación? Se pudiera traducir de esta manera: “*Nunca, nunca te desamparé y nunca, nunca, nunca te dejaré*”.

El Señor me apoya siempre, y de una manera que ningún otro podría hacerlo.

### Alguien que se compadezca de mi debilidad humana

La Biblia dice: “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición [Desde luego; ¡él nos hizo!]; se acuerda de que somos polvo” (Salmo 103.13–14).

Jesús nos dice: “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Juan 14.18). También dice: “Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado” (Mateo 9.22).

Me conmueve el hecho de que Jesús se compadezca de nosotras aun cuando tenemos necesidades sencillas y materiales. Un día él dijo: “Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y enviarlos en ayunas no quiero, no sea que desmayen en el camino” (Mateo 15.32). Aquel día Jesús no despidió a la gente sin antes alimentarlos porque tuvo compasión de ellos.

Yo creo que Jesús nota cuando estamos cansadas y desamparadas; ¿no lo crees tú también? La Biblia nos cuenta que Jesús, “al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor” (Mateo 9.36).

En otra ocasión, “saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos” (Mateo 14.14). Leemos que Jesús varias veces tocó a los leprosos y a otros “intocables” al momento de sanarlos. Es probable que lo haya hecho en esta ocasión también; y volvió a alimentarlos. Esta vez envió a otro lado a sus discípulos mientras él se quedaba para despedir a la multitud. Me pregunto cómo los habrá despedido. Me imagino que su despedida (se menciona varias veces en los evangelios) hubiera causado que cada persona se dirigiera a casa con nuevo vigor en los pasos y la confianza de sentirse comprendida y amada.



Yo he visto personas destituidas y enfermas. Me imagino que esta multitud no estaba bañada ni bien vestida. Sin embargo, él los amaba. A mí me ama también, aunque fui muy vil. Me sanó y me limpió. Y él sigue mostrándome mucha compasión. Él se compadece “de nuestras debilidades” (Hebreos 4.15). Además, la Biblia afirma que “él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5.7).

Oh sí, se compadece él,  
se compadece de mí.  
En los días duros  
que están oscuros  
le importa mi pesar.  
—*Frank E. Graeff*

## Alguien que me dé seguridad y refugio

El corazón humano anhela un refugio, el cual puede hallarse en el corazón de Dios. ¿Quién pudiera dar mayor seguridad que la que Dios nos promete en los siguientes versículos?

“Jehová es tu guardador; Jehová es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche. Jehová te guardará de todo mal; él guardará tu alma. Jehová guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre” (Salmo 121.5–8).

“Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Juan 10.28).

“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor” (Juan 15.10).

Eterna fuente de placer,  
mi alma te buscó.  
Poder, Señor, a ti tener,  
sólo eso quiero yo.  
Señor, mi esperanza y paz,  
seguro es tu amor.  
Oh, háblame con gran solaz,  
y quita mi temor.  
Con gratitud me gozo hoy,  
y triunfo con mi Dios.  
Hasta que en gloria cantaré,  
te alabo con mi voz.

—*Anne Steele*

## Alguien con quien trabajar, vivir, andar y conversar

Nuestro marido *desea* estar con nosotras. La Biblia dice:

“He aquí yo estoy con vosotros todos los días” (Mateo 28.20).

“El Espíritu de verdad (...) mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14.17).

“Somos colaboradores de Dios” (1 Corintios 3.9).

Aprende a vivir en la presencia de Dios. Ora por una mayor consciencia de su presencia a cada momento. Habla con él en cualquier momento, sea de día o de noche.

Por ejemplo, mientras siembro la huerta, o la desyerbo, le pido a Dios que haga crecer las plantas. Le prometo darle las gracias si me da una buena cosecha. Le pido la gracia para confiar en él si no hay una buena cosecha. He desarrollado la costumbre de contarle a Dios lo que tengo en el corazón. Lo hago mientras doy un paseo a pie, o cuando ando sola en el automóvil. Mi mamá era un buen ejemplo de lo que es orar sin cesar. A menudo la oía hablar en voz alta mientras trabajaba en la cocina: “*Gracias, Señor... Ahora, Señor, ¿qué hago?*”

## Alguien que me ame

“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella (...), la sustenta y la cuida” (Efesios 5.25, 29). Eso te incluye a ti si Cristo vive dentro de ti. Nadie tiene mayor amor por ti que Cristo.

La Biblia dice que Jesús amaba “a Marta, a su hermana y a Lázaro” (Juan 11.5). Jesús amaba a estos solteros y ellos lo sabían. Las hermanas le mandaron este mensaje: “Señor, he aquí el que amas está enfermo” (Juan 11.3).

Juan sabía que Jesús lo amaba. Se refirió a sí mismo como el discípulo “al cual Jesús amaba” (Juan 13.23). ¿No podemos nosotras tener la confianza de que él nos ama también a cada una en particular?

El apóstol Pablo, soltero según lo que sabemos, dijo: “Vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2.20). Pablo sabía que Cristo lo amaba.

“El que me ama”, nos promete Cristo, “será amado por mi Padre, y yo le amaré, (...) y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14.21-23).

## Alguien que sea mi mejor amigo

Nuestro amado Salvador goza una unión y comunión eterna con los que escogen ser parte de su novia. Esta amistad espiritual es aun más íntima que la amistad afectiva entre esposos. A nosotras las solteras nos hace falta la amistad terrenal más íntima. Pero no se nos puede negar la amistad más íntima posible, porque Cristo mismo puede ser “mi amado”, así como la sulamita llamaba a menudo a su novio: “Mi amado es mío, y yo suya (...). Mi amado es (...) señalado entre diez mil. (...) todo él codiciable, tal es mi amado, tal es mi amigo” (Cantares 2.16; 5.10, 16).

Una vez yo cantaba el himno *¡Oh, qué amigo nos es Cristo!* cuando de repente se me ocurrió pensar: *Me parece que era soltero el que escribió este himno.* Lo investigué y, de verdad, Joseph Scriven fue un soltero que vivió en Canadá. Él había inmigrado desde Irlanda después de que su novia se ahogó la noche antes de la boda. Además, a causa de sus convicciones religiosas, estaba alejado de sus padres adinerados. Vivía de manera humilde. Creía que el Sermón del Monte se debía poner en práctica, y ayudaba a los pobres. Un día, alguien vio a Joseph que pasaba por la calle cargando un caballete para aserrar y una sierra. Le preguntó a otro si hubiera posibilidad de contratar a Joseph para un trabajo. “No”, le dijo el otro, “a ese hombre no se le puede contratar. Él corta leña exclusivamente para las viudas y los enfermos que no tienen cómo pagarle.”

A Joseph lo tenían por excéntrico. No se sabía que podía escribir poesía. Una vez, cuando estaba enfermo, lo visitó un amigo. El amigo vio una hoja en que estaba garabateada la poesía ¡Oh, qué amigo nos es Cristo! Cuando le preguntó a Scriven si él la había escrito, éste dijo humildemente: “El Señor y yo la escribimos juntos”.

Estoy segura de que cada frase de la poseía tiene de fondo mucha soledad y lucha espiritual. (Si quieres ver este himno, por favor, mira el fin del capítulo.)

Como seres humanos, nos hace falta conversar con otros seres humanos. Eso lo entendemos. Dios le da a la mayoría de nosotras una o dos amigas muy especiales. Son amigas a las que podemos contarles casi cualquier cosa. Pero de mayor importancia es trabar buena amistad con nuestro maravilloso compañero celestial. Él mora con nosotras constantemente, y nada puede alejarnos de él, a diferencia del esposo terrenal al que sí pudiéramos perder.

No dudemos nunca de que Cristo puede suplir nuestra necesidad más apremiante y cumplir nuestro deseo más profundo. “Para mí el vivir *es Cristo*” (Filipenses 1.21), no sólo al llegar al cielo, sino también ahora, en la vida presente.

Mi amado es mi mejor amigo. Si no fuera por él, de verdad yo sería una solterona triste. Pero tengo a quién expresarles el amor que siento en mi ser.

En Cristo yo siempre medito,  
y nunca le puedo olvidar.  
Callar sus favores no quiero,  
alabo a Jesús sin cesar.  
—Fanny J. Crosby

## *Amar al amigo no visto*

Pero, ¿cómo amaré a alguien que no he visto y que no puedo ver? Muchos hacen esta pregunta con relación a Cristo. Bueno, empecemos por aprender muy bien toda la historia de Cristo en los evangelios. Después, recordemos que Cristo está tan presente en la tierra hoy como lo estuvo durante sus años de vida en Palestina. Él prometió que estaría con nosotras todos los días. Y, por supuesto, lo dijo en serio. No es necesario que lo veamos para que él esté presente.

En realidad, no vemos a ninguno de nuestros amigos. La persona que amas no es la forma humana visible. No es el rostro, ni el cabello, ni la mano, ni el cuerpo de tu madre lo que amas. Amas su alma y espíritu. No es el cuerpo de ella lo que es tierno, paciente, bondadoso, considerado y abnegado. Un cuerpo no tiene la capacidad de amar. Aun el rostro más bello en sí no puede ser de bendición. Tu madre es la vida que mora en el cuerpo de ella. En cierto sentido, tú sí puedes referirte a ella como a “la que amo sin haberla visto”. Piensa en cualquier amigo que te apoya, que amas mucho. No es el cuerpo lo que amas. El rostro acusa dulzura, y la mirada, cariño. Un toque te conmueve. ¿Por qué? Por el alma que mora en el cuerpo.

No podemos ver a Cristo, pero somos de él, y él es nuestro amigo íntimo. Él es todo lo que esperaríamos de un amigo divino. Piensa en tu mejor amigo humano, el amigo de quien dependes cuando estás débil y necesitas ayuda y consuelo. ¿Cuáles cualidades de tu amigo te resultan de mayor ayuda en una necesidad o dificultad? ¿No serán su veracidad, su sabiduría, su amor por ti, su compasión, su fidelidad? Aunque no esté a tu lado, tu amigo es siempre un

apoyo, consuelo, refugio y ayuda. Sabes que es tu amigo; sabes que él será fiel aunque todos lo demás se alejen de ti. Él se compadece de ti y te comprende. Sabes que tendrá paciencia contigo. Tienes la seguridad de que él te ayudará en cuanto sea posible si se presenta la necesidad. Todo esto te da fuerza y paz, y te bendice aun cuando no puedes ver a tu amigo.

No puedes ver a Cristo, pero sabes que él es fiel, cariñoso y compasivo. Crees que él te conoce a fondo y te ama con un amor personal, profundo, tierno, fuerte y eterno. Sabes, además, que su sabiduría es perfecta y no comete errores. Su sabiduría jamás da consejos imprudentes o indiscretos. Sabes que toda esa sabiduría tiene como propósito el dirigir tu vida y tus pasos. Al pensar en todo esto, el Cristo invisible llega a ser muy presente. El amor que tenemos por este amigo no visto constituye una fuerza bendita en nuestra vida. Aprendemos a confiar en él y dejar en sus manos todos los asuntos de la vida. “En quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable.”

—J. R. Miller

**¡Oh, qué amigo nos es Cristo!**

Joseph Scriven ERIE, Charles Convers

1. ¡Oh, qué\_a-mi-go nos es Cris - to! El lle - vó nues - tro do - lor,  
 2. ¿Vi - ves dé - bil y car - ga - do De cui - da - dos y te - mor?  
 3. Je - su - cris - to, es nues - tro\_a - mi - go, De, es - ta prue - bas él nos dio

Y nos man - da que lle - ve - mos To - do\_a Dios en o - ra - ción.  
 A Je - sús, re - fu - gio\_e - ter - no, Dí - le to - do\_en o - ra - ción.  
 Al qui - tar el cruel cas - ti - go Que el cul - pa - ble me - re - ció.

¿Vi - ve el hom - bre des - pro - vis - to De paz, go - zo\_y san - to\_a - mor?  
 ¿Te des - pre - cian tus a - mi - gos? Cuén - ta - se - lo\_en o - ra - ción;  
 Y su pue - blo re - di - mi - do Ha - lla - rá se - gu - ri - dad,

Es - to, es por - que no lle - va - mos To - do\_a Dios en o - ra - ción.  
 En sus bra - zos de\_a - mor tier - no Paz ten - drá tu co - ra - zón.  
 Fian - do\_en es - te\_a - mi - go\_e - ter - no Y es - pe - ran - do\_en su bon - dad.

Traducido por Leandro Guerra Morea en When a Friend We Have in Jesus.

Tomado de *The Every-Day of Life* (“La vida cotidiana”) Hodder y Stoughton, Londres, 1895

## Capítulo 4

# *Las novias escogen*

### El novio escoge

#### **A. Él deja el hogar de sus padres para unirse a su esposa**

Cristo también dejó el hogar de su Padre. Vino a la tierra para buscar una novia y para comprometerse con ella.

#### **B. Él le revela su amor**

Nuestro marido celestial se goza en revelarnos su amor:

“Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2.20).

“Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros” (Efesios 5.2).

“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Efesios 5.25).

#### **C. Él ve en ella una futura esposa hermosa y virtuosa**

El marido terrenal escoge a la esposa por su belleza o cualidades. Pero nuestro marido celestial nos amaba aun antes de que fuéramos hermosas. Aún éramos indignas y estábamos manchadas por el pecado. En el momento en que él nos escogió, no teníamos ninguna belleza ni cualidad deseable. La Biblia dice: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5.8).

Cristo nos hizo y nos ama. Por eso él ve en nosotras una futura esposa hermosa y virtuosa. Él mismo, a costo de su propia sangre, nos limpia. Nos deja sin mancha y nos hace hermosas. Él nos transforma en lo que él desea que seamos.

En Cantares, la sulamita, una trabajadora pobre, bronceada por el sol, dice: “No reparéis en que soy morena, porque el sol me miró” (Cantares 1.6). Ella cree que no es atractiva. Sin embargo, el novio le dice: “Hermosa entre las mujeres”, “amiga mía”, y “paloma mía” (1.8; 2.10, 14).

Cristo ve en la iglesia una esposa hermosa y virtuosa:

“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efesios 5.25–27).

“Nos escogió en él (...) para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor (...), según el puro afecto de su voluntad” (Efesios 1.4–5).

#### **D. Él busca y corteja a la escogida**

El amado en el libro de Cantares corteja a la amada y le dice: “Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven” (Cantares 2.10). Cristo también nos busca y nos corteja. Oye sus palabras de amor:

“Venid a mí (...), y yo os haré descansar” (Mateo 11.28).

“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Juan 7.37).

“Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12.32).

### **E. La llama por nombre**

Uno de los sonidos más gratos al oído es nuestro nombre personal, pronunciado por alguien que honramos y respetamos. Nuestro novio celestial nos llama por nombre:

“Te llamé por tu nombre; te puse sobrenombre, aunque no me conociste” (Isaías 45.4).

“A sus ovejas llama por nombre, (...) y las ovejas le siguen, porque conocen su voz” (Juan 10.3-4).

¿Has notado cuántas veces en las escrituras el Señor amorosamente llama *por nombre* a los suyos? Notemos unos ejemplos:

“Lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés!” (Éxodo 3.4).

“Y vino Jehová y se paró, y llamó como las otras veces: ¡Samuel, Samuel!” (1 Samuel 3.10).

“Jesús le dijo [a María Magdalena]: ¡María!” (Juan 20.16).

Yo creo que el Espíritu de Dios nos dice a cada una:

“Has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre” (Éxodo 33.17).

“Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía” (Cantares 5.2).

“Te puse nombre, mío eres tú” (Isaías 43.1).

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3.20).

### **F. Él se goza con ella**

Vemos en el libro de Cantares que el amado se gozaba con su amada: “Toda tú eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha. (...) ¡Cuán hermosos son tus amores (...)!” (Cantares 4.7, 10).

Dios también se goza con su esposa, su pueblo. Esto lo vemos claramente en muchas partes de la escritura. Por ejemplo:

“Sacó a su pueblo con gozo; con júbilo a sus escogidos” (Salmo 105.43).

“Como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo” (Isaías 62.5).

“Jehová está en medio de ti, poderoso, él salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos” (Sofonías 3.17).

En su libro, *The Christian's Secret of a Happy Life* (“El secreto de la vida cristiana feliz”), Hannah Whitall Smith dice: “Es fácil comprender que nosotras lo necesitemos a él; lo que parece incomprensible es que él nos necesite. Se da por sentado que nosotras lo deseemos, pero es increíble que él nos desee. Sin embargo, él lo dice. No podemos menos que creerlo.”

## **La novia escoge**

### **A. Ella responde a la propuesta del novio**

La amada en el libro de Cantares responde a la propuesta de su amado y dice: “Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento” (Cantares 7.10). Ella no escatima elogios por su

amado: “Todo él codiciable. Tal es mi amado, tal es mi amigo, oh doncellas de Jerusalén” (Cantares 5.16).

Mi alma se goza en tu salvación;  
afligido, te llamo a ti.

Consuelo de día, de noche canción,  
eres todo, Señor, tú por mí.

Pastor tan amado, te oigo y te sigo,  
de tu voz yo conozco el son;

restáurame, defiéndeme; ando contigo,  
y de ti siempre es mi canción.

—*Joseph Swain*

### **B. Ella se maravilla de que él la escoja**

La amada de Cantares se maravilló de que el amado la tomara en cuenta y la amara. Ella era una sierva abusada, quemada por el sol, y sin atractivo. Tanto servía a sus hermanos que no le quedaba tiempo para cuidar su propia viña.

Nosotras también nos maravillamos de que nuestro Amado nos ame y proponga hacernos una consigo.

El amor del Señor es tan grande que ama a cada una como si fuera la única persona en todo el mundo. Dios escogió sólo a Noé de entre un mundo lleno de pecadores. Sólo Noé contaba con el favor de Dios. En ese caso, creo que aunque yo fuera la única persona que lo amara en el mundo entero, él siempre me amaría y escogería. Cada persona es única; Dios hizo a cada una diferente a las demás. Por eso, el amor entre él y yo es único. Lo que yo le cuento, y lo que él me dice al oído, sólo él y yo lo sabemos.

### **C. Ella estima la relación con él más que cualquier otro placer**

“En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Salmo 16.11).

“Deseables son [los juicios de Dios] más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal” (Salmo 19.10).

“Mejores son tus amores que el vino” (Cantares 1.2).

“Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos” (Jeremías 15.16).

Amado Dios del corazón,  
te imploro tu gracia ya.  
Sí, me darás tu rico don,  
mi alma más te amaré.

Aquí el amor más bello  
no es como el que me das.  
Mis ojos ven un destello;  
mas, ¿cuándo verán tu faz?

En el cielo hay gran gozo,  
y belleza de toda flor.  
Ni voz de ángel, ni reposo,  
me conmueven cual tu amor.

Sin ti no hay luz celestial  
que brille para el alma.  
Mas contigo lo terrenal  
brilla con gozo y calma.

—*Autor desconocido*

#### **D. Ella obtiene una nueva perspectiva de la vida a raíz de su amor por él**

En el libro de Cantares, el amado llama a la amada y le dice: “Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven” (Cantares 2.13). Cristo también nos llama de la misma forma, y cuando aceptamos su llamado, descubrimos que “las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5.17).

Los cielos más celestes son,  
la grama tiene más verdor.  
Con Cristo en el corazón,  
Más bello es todo color.  
Canta el ave más feliz,  
más hermosa es toda flor,  
porque sé, ahora sé,  
Cristo es mío; es mi Señor.

—*G. Wade Robinson*

#### **E. Para ella, su novio es único e incomparable**

“¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra” (Salmo 73.25).

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Juan 6.68–69).

Cariñoso Salvador,  
huyo de la tempestad  
a tu seno protector,  
fiándome de tu bondad.

Cristo encuentro todo en ti,  
y no necesito más;  
Me levantas tú a mí,  
paz y ánimo me das.

—*Charles Wesley*

#### **F. Ella deja su hogar y todo lo demás por identificarse con él**

Como la novia deja la casa de sus padres para unirse al marido, así también nosotras debemos dejar todo para seguir a nuestro marido celestial:



“Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; olvida tu pueblo, y la casa de tu padre; y deseará el rey tu hermosura; e inclínate a él, porque él es tu señor” (Salmo 45.10–11).

“Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mateo 19.29).

Me gusta lo que dice Margaret Clarkson sobre la identificación con Cristo: “Me identifico con Jesucristo, no con ninguna relación humana. La palabra de Dios me dice que soy completa en él (véase Colosenses 2.10).

Me considero, ante todo, cristiana; después, mujer y, por último, soltera. Tengo, además, otras identidades: soy profesora, compañera y amiga. También cuido la casa. Y si se pudiera añadir a la lista esposa y madre, éstas no cambiarían mi identidad principal, la de ser cristiana; sólo la modificarían. Mi identidad es eterna y no cambia. Soy hija de Dios y para él tengo un valor incalculable. Me ama, me escoge, me llama y me une a sí mismo con los lazos inquebrantables de su amor eterno.” (Tomado de *So You're Single* [“Así que tú eres soltera”].)

### **G. Ella se presenta como virgen pura**

Tenemos que mantenernos puras espiritualmente si queremos disfrutar de una relación única y exclusiva con Cristo.

El apóstol Pablo les recuerda a los corintios: “Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Corintios 11.2). Nosotras también hemos sido desposadas con Cristo. Por eso, cada una debe mantenerse “santa y sin mancha” (Efesios 5.27).

### **H. Ella se viste con traje de novia**

“De brocado de oro es su vestido. Con vestidos bordados será llevada al rey” (Salmo 45.13–14).

“En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas” (Isaías 61.10).

“A ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos” (Apocalipsis 19.8).

Debemos estar ataviadas con el traje de novia en todo momento, listas para el día de “las bodas del Cordero”. El Nuevo Testamento nos dice que nuestro atavío no debe ser el externo de peinados ostentosos, oro o vestidos lujosos. Más bien, debe ser “el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” (1 Pedro 3.4). De esta manera, estaremos siempre dispuestas “como una esposa ataviada para su marido” (Apocalipsis 21.2).

¿No es cierto que toda buena novia o esposa se viste para él? ¿Ella desea estar “ataviada para su marido”? Cuando sale a comprar ropa, tiene presente los colores que a él le gustan. Se atiene a lo que él considera que le va bien. Además, la esposa buena y piadosa se viste con discreción porque sabe que su belleza física es sólo para deleitar a su marido. Ella no procura atraer a ningún otro.

Y, ¿qué de nosotras las solteras? ¿Nos vestiremos según nuestros gustos? ¡No! Nosotras también debemos vestirnos según el gusto de nuestro marido. Cuando vamos a la tienda a

buscar un vestido nuevo, debemos hacernos la pregunta: *¿Apreciaría este color o estilo mi Señor? ¿Quiero llevar puesta esta prenda en el momento en que mi novio descienda de las nubes a buscarme?*

Debemos desear que las personas perciban, por medio de nuestra conducta, carácter y ropa, que pertenecemos al Señor Jesús. No debemos buscar la conformidad con las modas del mundo (véase Romanos 12.2) porque ya nos hemos comprometido con Jesús. Antes, debemos ser santas y santificadas (apartadas únicamente para Dios). No me refiero a un orgullo santurrón. Oswald Chambers, en su libro *My Utmost for His Highest* (“En pos de lo supremo”), dice: “No existe una santidad orgullosa. Como alma salvada y santificada, tengo una actitud de profunda santidad humilde (...); esto incluye el sorprendente entendimiento de que Dios demostró su amor por mí aun cuando yo no lo tomé en cuenta a él.”

Por tanto, honremos al novio en todas nuestras actividades y conversaciones, y aun por medio de nuestro vestuario. Lo haremos con gusto si hemos recibido de él las ropas blancas y espirituales de salvación y justicia. Éstas, sin duda alguna, son las prendas más necesarias en preparación para nuestro matrimonio con él. Vistámonos con traje de novia porque se acerca la boda:

“Todo está dispuesto; venid a las bodas” (Mateo 22.4).

“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. (...)

Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero” (Apocalipsis 19.7-9).

## Capítulo 5

### *Las votos matrimoniales*

#### El Novio promete

Regocíjate, oh estéril, la que no daba a luz; levanta canción y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto; porque más son los hijos de la desamparada que los de la casada, ha dicho Jehová. Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades assoladas. No temas, pues no serás confundida; y no te avergüences, porque no serás afrentada, sino que te olvidarás de la vergüenza de tu juventud, y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria. Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado. (...) Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti” (Isaías 54.1–5, 10).

“Así dijo Jehová: A los eunucos que guarden mis días de reposo, y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá” (Isaías 56.4–5).

“Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia” (Jeremías 31.3).

“Te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia” (Oseas 2.19).

“De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna” (Marcos 10.29–30).

“No te desampararé, ni te dejaré” (Hebreos 13.5).

No te desmayes en tu andar;  
bajo sus alas has de estar.  
En cada día con su afán,  
y cuando el mal te asaltará,  
tu Dios te cuidará.

Lo que faltare te dará,  
sus bienes no te negará.  
Las pruebas duras todas ve;  
descansa, pues, en él y sé  
que Dios te guardará.

—Civilla D. Martin

## La novia promete

Cuando nos entregamos al Señor, le prometemos que estamos verdaderamente arrepentidas de todos nuestros pecados. Le hacemos saber que estamos dispuestas a renunciar a Satanás, al mundo y los deseos pecaminosos. Le prometemos que, por medio de su gracia y por la ayuda del Espíritu Santo, nos someteremos siempre a él y permaneceremos fieles hasta la muerte. Dejando a todos los demás, nos conservaremos sólo para él hasta la muerte.

Quiero amarte, Dios y Padre,  
¡eres Rey y Redentor!  
Quiero amarte; sin tu ayuda  
la vida es sólo amargor.  
Quiero amarte; tú bendices  
de tu trono a mi ser.  
Quiero amarte; si te amo,  
tu presencia es mi placer.  
Quiero amarte; que me mires  
con tu ojo; guíame.  
Quiero amarte; me sustentas,  
sin tu amor me moriré.  
Quiero amarte; lo prometo,  
en tu amor me fijaré.  
Quiero amarte; la sangre tuya,  
Redentor, no olvidaré.

—*Madame Guyon*

Había una vez una señorita de apellido Brigham que escribió lo siguiente en la guarda de su Biblia: “Dame cualquier carga; sólo apóyame. Mándame a cualquier parte; sólo acompáñame. Rompe cualquier enlace menos el que me une a tu servicio y a tu corazón.” ¡Cada una de nosotras también debe hacer votos al Señor de este calibre!

Que mi vida sin cesar sirva sólo a ti, Señor,  
y mis manos puedas guiar al impulso de tu amor.

Toma tú mis pies, oh Dios, y haz que hermosos puedan ser.  
Para honrarte ten mi voz sólo para ti doquier.

Toma oh Dios mis labios hoy y haz que tus mensajes den,  
mi dinero te lo doy porque tuyo es también.

Tuya es mi voluntad; quiero andar en sujeción.  
Pon tu trono y majestad en mi tierno corazón.

Toma mi amor, oh Dios; todo a tus pies lo doy,  
tómame, te voy en pos; para siempre tuyo soy.

—Francis R. Havergal

El salmista dijo: “A Jehová pagaré ahora mis votos delante de todo su pueblo, en los atrios de la casa de Jehová, en medio de ti, oh Jerusalén. Aleluya” (Salmo 116.18–19). ¡Hagamos lo mismo!

## *El compromiso de Rut*

En las bodas a veces se repiten o se cantan las palabras de Rut. Se usan como ejemplo del compromiso de la novia con el marido. Helas aquí:

Respondió Rut: No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y aun me añada, que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos (Rut 1.16–17).

¡Es en efecto una promesa excelente la que hace Rut! Pero notemos que Rut no le hizo esta promesa a un príncipe alto y guapo. La hizo a su suegra Noemí, una mujer pobre de cara arrugada; una mujer acongojada, amargada y desanimada; una mujer viuda al igual que ella misma. Rut se comprometió a seguir a la pobre viuda aun cuando quedarse en Moab habría sido la decisión más fácil.

Rut tomó en cuenta el gran costo y decidió seguir a la anciana. Lo hizo sabiendo que eso significaría una despedida angustiante de sus familiares. Se comprometió a acompañarla sin tener la más mínima idea de que el futuro le traería a un Booz guapo y un matrimonio feliz. Sin duda, Rut veía pocas posibilidades de volver a casarse. Lo que sí podía esperar era el choque cultural. Sabía que probablemente la verían con recelo por ser extranjera y la tratarían como a una pagana vil.

Rut se comprometió a seguir a su suegra anciana al país de Israel, sin saber si la aceptarían como creyente. Tampoco sabía cómo se ganaría la vida, ya que era una viuda sin ingresos.

Rut se comprometió a trasladarse al país de Israel aunque podía esperar una larga vida de soledad. Seguramente se imaginaba que pasaría mucho tiempo solita después de la muerte de la anciana y hasta su propia muerte.

Rut echó su suerte con su suegra Noemí por el amor que le tenía. De más importancia aún, se comprometió con el pueblo de Noemí. Y de suma importancia, se comprometió con el Dios de Noemí, el único Dios verdadero.

Nuestro compromiso con el Señor debe incluir el mismo anhelo y la misma entrega completa que Rut mostró. Ella se comprometió a seguir a su suegra hasta la muerte.

¡Pero la muerte no nos separará jamás de nuestro Hacedor, nuestro marido! Más bien, será el comienzo de una unión más completa, hermosa y eterna.

—M. N.

## Capítulo 6

# *El marido cumple con su papel*

### Él ama a la esposa

El buen marido humano ama a su esposa. Cristo también ama a la iglesia y se dio a sí mismo por ella. Además, ¡nos ama a cada una en particular!

“Como el lirio entre los espinos, así es mi amiga entre las doncellas. (...) Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas, y las doncellas sin número; mas una es la paloma mía, la perfecta mía” (Cantares 2.2; 6.8–9).

“El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14.21).

“Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros” (Efesios 5.2).

“Nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia” (Efesios 5.29).

### Él honra a la esposa

Los dos que llegan a ser uno en el matrimonio tienen una naturaleza humana con debilidades. Por lo mismo, es fácil ver que debe haber un respeto mutuo.

Sin embargo, es de maravillarse que Cristo respete y honre a la iglesia y al creyente en particular. Ciertamente, no merecemos tal respeto, pero la Biblia dice:

“Yo honraré a los que me honran” (1 Samuel 2.30).

“Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará” (Juan 12.26).

¡Qué promesas más maravillosas! Qué maravilla que Dios, el Hacedor, el marido, honre y respete tanto a su novia, la iglesia, y a cada uno que forma parte de esa novia. Esto nos recuerda el consejo para el esposo de dar “honor a la mujer como a vaso más frágil” (1 Pedro 3.7).

### Él es cabeza de la esposa

Efesios 5.23 y 1 Corintios 11.3 nos enseñan que el marido es la cabeza de la mujer. Cristo, el marido de la iglesia, es la cabeza de todos los que forman parte de ella.

No hay por qué nosotras, las que no tenemos marido, nos quedemos sin una autoridad confiable que nos dirija, nos proteja, nos salve e interceda por nosotras. Esto, porque tenemos “un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios” (Hebreos 4.14). Él es “mediador de un mejor pacto”, y ese pacto está “establecido sobre mejores promesas” (Hebreos 8.6), ¡las cuales son aun más duraderas que las promesas del pacto matrimonial!

### Él se responsabiliza por las necesidades materiales de la esposa

Como solteras, a veces nos cansamos de tener que ganarnos el pan. En esos momentos, recordemos que Cristo es el pan de vida, y él nos guarda, nos cuida y nos ayuda, incluso en el trabajo rutinario de ganarnos el pan de cada día.

La Biblia afirma que Dios “suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Filipenses 4.19). Tenemos que confiar en que si ponemos de nuestra parte, según la fuerza que él nos da, él se responsabilizará por nuestras necesidades materiales.

No debemos preocuparnos por nuestra vida, qué comeremos o qué beberemos, porque nuestro “Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas” (Mateo 6.32). Por medio de Cristo, el Padre se responsabiliza por todas nuestras necesidades.

## Él le da a la esposa el privilegio de negociar en su nombre

Cuando el marido y la esposa están unidos en uno, el marido le da a la esposa el privilegio de hacer compras y pedidos en su nombre, y él los paga.

Lo mismo pasa con nosotras y Cristo. Él nos da la promesa maravillosa de cumplir con nuestras peticiones porque somos uno con él. En Juan 14.13–14, Cristo nos dice que si pedimos algo al Padre en su nombre, él lo hará. “Pedir en su nombre” significa pedir con su autoridad. Significa pedir lo que es de su agrado. Así que pedir algo en el nombre de Cristo es mucho más que terminar nuestras oraciones con la frase “en el nombre de Jesús, amén.”

Unidos a Cristo, no sólo hacemos peticiones en su nombre, sino que en su nombre hacemos *todo*. La Biblia dice:

“Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Colosenses 3.17).

“Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10.31).

Hacer todo en el nombre de Cristo significa que hacemos todo lo que él manda, por medio de la fuerza que él da, con el propósito de darle gloria a él.

## Él hace todo dentro de sus posibilidades para suplir las necesidades espirituales, físicas y emocionales de la esposa

Digo “todo dentro de sus posibilidades” porque el marido más amoroso sobre la tierra está limitado en su conocimiento de las necesidades de la esposa. No siempre sabe lo que piensa o siente ella. Pero, cuando me refiero a Cristo y su iglesia, “todo dentro de sus posibilidades” lo incluye *todo*. Cristo nos conoce perfectamente a cada una de nosotras. Él conoce el cuerpo, el alma y el espíritu. Conoce todos nuestros dolores, deseos, goces y tristezas, pruebas y triunfos. Él nos conoce mejor de lo que nosotras mismas nos conocemos. La Biblia dice:

“Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda. (...) Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas. ¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos! Si los enumero, se multiplican más que la arena; despierto, y aún estoy contigo” (Salmo 139.2–4; 16–18).

“Pues aun vuestros cabellos están todos contados” (Mateo 10.30).

Entre nuestras mayores necesidades emocionales están:

- la necesidad de ser aprobadas

- la necesidad de pertenecer a alguien
- la necesidad de sentir que tenemos valor

Cristo satisface todas estas necesidades. Fíjate en Efesios 1.4–6:

Nos escogió en él [¡somos aprobadas por él!] antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos [¡pertenecemos a él!] por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad [¡tenemos valor delante de él!], para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.

En el matrimonio, es razonable que los esposos se acepten porque son igualmente humanos e imperfectos. Sin embargo, en cuanto a nuestra unión con Cristo, ser aceptadas por él es posible sólo por el milagro del perdón de pecados. Su perdón nos hace amarlo más porque sabemos lo pecaminosas que hemos sido, y sabemos que no merecemos para nada su perdón.

Cuando los esposos suplen las necesidades del otro, cada uno se siente completo. Si pasamos por la vida sin marido, pero conocemos a Cristo, nuestras necesidades serán suplidas abundantemente. ¿Cuál marido humano pudiera conocernos tan íntimamente como Cristo, y suplir toda necesidad de la manera que lo hace nuestro Creador? La Biblia dice: “Vosotros estáis completos en él” (Colosenses 2.10).

Sin ti, Señor, no vivo; solo fallaré.  
No tengo fuerza ni bien; cordura no tendré.

Mas tú, Señor amado, todo eres para mí.  
La debilidad será fuerza, si dependo sólo de ti.  
Sin ti, Señor, no vivo. Ninguno comprenderá  
el anhelo del espíritu; tú lo interpretarás.

Ningún ser humano entra en el más íntimo rincón,  
para consolar y calmarlo; sólo tú, Señor, tienes don.

—Frances R. Havergal

Cuando comprendemos cuán insuficientes somos, dependemos más de Cristo. Agradecemos más su cuidado de nosotras. Nos llenamos de un amor santo por el que es como marido, y más que marido, para nosotras.

## Él provee seguridad para la esposa

El esposo humano provee seguridad para la esposa según sus posibilidades. Sin embargo, mientras permanezcamos en Cristo, estaremos seguras *eternamente*.

“Porque yo Jehová soy tu Dios, quien te sostiene de tu mano derecha, y te dice: No temas, yo te ayudo” (Isaías 41.13).

“Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Juan 10.28).

\* \* \* \* \*



Salvo en los tiernos brazos de mi Jesús seré,  
y en su amoroso pecho siempre reposaré.  
Éste es sin duda el eco de celestial canción  
que de inefable gozo llena mi corazón.

Tiende Jesús los brazos, bríndame su amistad;  
a su poder me acojo, no hay para mí ansiedad.  
No temeré si ruge hórrida tentación,  
ni causará el pecado daño en mi corazón.

De sus amantes brazos, la gran solicitud  
me libra de tristeza, me libra de inquietud.  
Y si tal vez hay pruebas, fáciles pasarán;  
lágrimas si vertiere pronto se enjugarán.”

—*Fanny J. Crosby*

## Capítulo 7

# *La esposa cumple con su papel*

### Ella ama al marido con un amor exclusivo

Me alegro cuando alguna de mis amigas casadas me dice que su marido es el mejor hombre del mundo. Me alegro porque sé que ella goza de un buen matrimonio.

De manera parecida, las que verdaderamente amamos a Cristo estamos seguras de que él es el mejor. El amor al mundo no nos atrae porque estamos tan exclusivamente enamoradas de Cristo. Algunas personas se irritan porque nosotras creemos que Cristo es el único, y nos preguntan: “¿Qué es tu amado más que otro amado?” (Cantares 5.9). Nosotras les contestamos: “Mi amado es (...) señalado entre diez mil. (...) Su paladar, dulcísimo, y todo él codiciable. Tal es mi amado, tal es mi amigo” (Cantares 5.10, 16).

### Ella le tiene confianza a su marido

A cualquier buen marido le agrada que la esposa le tenga confianza. Le encanta ser digno de tal confianza. Asimismo, a nuestro Señor le agrada que le tengamos toda confianza. Lee los evangelios y fíjate en que a menudo Jesús se conmovió cuando las personas le tuvieron confianza y creyeron en él. Le complació que le tuvieran tal confianza. Por ejemplo, un día Jesús notó la confianza que le tenía un centurión romano y “se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe” (Mateo 8.10).

De entre los doce apóstoles, quizá Juan era el que gozaba de la relación más íntima y amorosa con Jesús. En su evangelio y en sus epístolas, él habla de “creer” más de cien veces. *Crear* en Jesús es amarlo y tener confianza en él. Para las que no tenemos un marido humano en quien confiar, nos resulta muy especial poder creer en el marido verdadero y confiar en él.

### Ella se somete al marido

Cuando la esposa le tiene el debido amor y confianza a su marido, le es un placer someterse a él. Ella sabe que el marido le desea lo mejor. ¡Cuánto más placer hay en someternos a nuestro marido celestial! Él siempre sabe lo que es mejor para nosotras.

Nosotras como solteras podemos someternos a nuestro marido con toda confianza. Un día, la madre de Jesús les dijo a algunas personas que estaban en presencia de su hijo: “Haced todo lo que os dijere” (Juan 2.5). Nosotras también estamos en la presencia de Jesús, y debemos hacer todo lo que nos diga. Debemos cumplir *con gozo* todo cuanto nos manda. Cierta día, Jesús les dijo a sus seguidores: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis” (Juan 13.17). Nosotras también seremos bienaventuradas si nos sometemos a Jesús.

Aprecio mucho cuando puedo observar la sumisión gozosa de las mujeres casadas a sus maridos. En esos momentos digo para mí misma: “*Así quiero ser yo con Cristo*”.

Sara, la esposa de Abraham, nos dio un buen ejemplo de cómo someternos a nuestro marido. Ella “obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza” (1 Pedro 3.6).

## Ella honra y respeta al marido

La Biblia exige que “la mujer respete a su marido” (Efesios 5.33). ¿Cuánto más no deberíamos nosotras las solteras someternos a nuestro marido, nuestro Hacedor? Él es digno de que lo honremos y respetemos en todo momento:

“Inclínate a él, porque él es tu señor” (Salmo 45.11).

“Santo y temible es su nombre” (Salmo 111.9).

“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria” (Apocalipsis 19.7).

## A ella le agrada pertenecer al marido

La amada expresa la euforia que siente al saber que pertenece al amado. Ella le dice al oído: “*Yo soy de mi amado*” (Cantares 7.10).

A nosotras nos debe conmovér y consolar de igual manera el pertenecer a Cristo, nuestro Hacedor.

Un día compraste mi alma,  
por eso muy tuyo seré.  
En densas tinieblas me viste,  
y sólo tu amor me salvó.  
  
Yo soy tuyo y muy tuyo seré;  
no permitas que pierda la fe.  
El maligno me quiere apartar,  
pero tuyo y muy tuyo seré.  
—Autor desconocido

## Ella estima la relación con el marido y la protege

Asimismo nosotras debemos estimar la relación que gozamos con Cristo. La debemos estimar más que cualquier otra relación.

El reino de los cielos comprende a todos los que estiman la relación con Cristo más que cualquier otra cosa. La Biblia dice: “El reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró” (Mateo 13.45-46).

Debemos proteger con el mayor celo la relación que tenemos con Cristo. Debemos evitar cualquier cosa que pueda arruinarla. Los novios del libro de Cantares reconocieron el peligro de permitir que cosas pequeñas destruyeran su relación. Dijeron: “Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas; porque nuestras viñas están en cierne” (Cantares 2.15).

Oraremos siempre: “Guárdame como a la niña de tus ojos; escóndeme bajo la sombra de tus alas” (Salmo 17.8). No permitamos que nada se interponga entre nosotras y nuestro Amado.

## Ella llega a ser cada vez más como el marido

¿Alguna vez lo has notado? Hay parejas que, al madurar juntos, se parecen cada vez más. Y lo que es más importante, cada vez más tienen un mismo parecer sobre distintos asuntos.

Debe pasar lo mismo en cuanto a nuestra relación personal con Cristo. A medida que pasa el tiempo, debemos compartir cada vez más un mismo parecer sobre los asuntos. Sin embargo, hay una gran diferencia: Cristo nunca debe cambiar su opinión. Somos nosotras las que debemos corregir nuestra manera de pensar.

En 1 Corintios 2.16, Pablo dice: “Tenemos la mente de Cristo”. También dice 2 Pedro 1.4 que somos “participantes de la naturaleza divina”. En tanto que nuestra relación con Cristo progresa, “mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, *somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen*, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3.18).

## Ella se complace en servir al marido

La esposa buena trata de agradar al marido. Ella se preocupa de cómo agradarlo.

De la misma manera, la mujer no casada “tiene cuidado de las cosas *del Señor*” (1 Corintios 7.34). Ella halla la verdadera satisfacción al servir “sin impedimento” al Señor, como dice en 1 Corintios 7.35.

Seamos casadas o no, no hay para nosotras mayor placer y satisfacción que agradar a Jesús. Conforme pasa el tiempo y crece nuestro amor, llegamos a tener el mismo sentir que expresa este himno antiguo:

**Respiro sin cesar de ti,**  
oh, aire de amor.

Dulce como el mirto aquí  
la rosa de Sarón a mí,  
bálsamo del Señor.

**Yo miro sin cesar a ti,**  
más regio que realeza.  
Lleno de gozo, yo ya vi  
que de tu rostro irradia, sí,  
una gloriosa belleza.

**Trabajo sin cesar por ti,**  
amigo y Salvador.  
Es gozo muy grande para mí  
obrar sin pago, Señor, aquí,  
y servirte con amor.

**Yo canto sin cesar de ti,**  
nombre más dulce del mundo.  
La alegría dentro de mí  
fluye del corazón aquí;  
me llena de gozo profundo.

**Yo hablo sin cesar de ti,**  
hay tanto que contar.  
Tu corazón de amor por mí  
me atrae siempre hacia ti,

me quita el pesar.  
—W. Spencer Walton

## *¿Tenía Pablo prejuicios contra el matrimonio?*

El apóstol Pablo, al impartir consejo sabio sobre varios aspectos del matrimonio y la vida soltera, hace las siguientes declaraciones:

Quisiera, pues, que estuviéseris sin congoja. El soltero tiene cuidado de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; pero el casado tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer. Hay asimismo diferencia entre la casada y la doncella. La doncella tiene cuidado de las cosas del Señor, para ser santa así en cuerpo como en espíritu; pero la casada tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido (1 Corintios 7.32–34).

Lo creo probable que los casados sean tentados a resentirse por estas declaraciones de Pablo. Parece que él da a entender que los casados no se preocupan por las cosas del Señor como sí lo hacen los solteros. También parece indicar que la mujer casada no es igual de santa o pura que la virgen.

Sin embargo, no creo que Pablo en realidad acuse a las casadas (ni a los casados) de tal falta de consagración. Más bien, creo que Pablo hace esta declaración (en los versículos 32–34) en vista de lo dicho en los versículos 29 y 31: “El tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; (...) y los que disfrutaran de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa”.

Por lo tanto, lo que Pablo quiere decir en los versículos 32–34 es que los casados siempre deben tener presente que el matrimonio es algo de esta vida solamente. Pronto llegará el momento en que las personas “ni se casarán ni se darán en casamiento”, como lo dijo Jesús en Mateo 22.30. Yo creo que Pablo sencillamente quiere advertirles a los casados que, además de preocuparse por la obra del Señor, ellos tienen que preocuparse también por una relación que terminará cuando termine su peregrinaje en este mundo. Él desea que los casados estén alerta, no sea que las preocupaciones matrimoniales ocupen una parte del tiempo y energía que deben dedicar a Dios.

La casada siempre debe tener presente que su amor por el marido no debe sobrepasar su amor por Cristo. Ella debe respetar al marido, pero no idolatrarlo. Debe amarlo más que a cualquier otro varón sobre la faz de la tierra, pero debe amar a Cristo aun más.

Tanto las casadas como las solteras pueden servir al Señor. Pero el apóstol Pablo dice que la soltera “tiene cuidado de las cosas del Señor”, sin enfrentar algunas distracciones que muchas veces le impiden a la mujer casada prestar ciertas clases de servicio cristiano. Al otro lado, hay ministerios más convenientes para la pareja casada. Como solteras, no debemos nunca creer que ocupamos una posición mejor que la de nuestras amigas casadas. Tampoco debemos creer que amamos o agradamos al Señor más que ellas. Por la gracia de Dios, cada una debe cumplir con el servicio que Dios le haya asignado.

—M. N.

## Capítulo 8

# *Las dos andan juntas*

### Viven juntos en unión

La relación y la unidad que disfrutan los cónyuges cristianos se asemejan mucho a nuestra relación y unidad con Cristo.

“Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14.16–17).

“Permaneced en mí, y yo en vosotros” (Juan 15.4).

“Un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (Efesios 4.6).

“Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1.27).

Así que la Biblia aclara que los tres que forman la trinidad (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo) moran *en* nosotras, en unión con nosotras. Él nos llena, nos satura. Somos participantes de su naturaleza divina. También hay muchos versículos bíblicos que hablan de que nosotras vivimos *en* él. Esta maravillosa verdad nos da a entender que estamos totalmente “envueltas” en Dios y su amor. ¡Cuán humildes y contritas deberíamos ser, y cuán llenas de alabanza!

Amigo precioso tengo,  
tanto lo estimo yo.  
Él me ama con tan tierno amor,  
amor fiel me otorgó.  
No puedo yo vivir sin él,  
ya que se acercó.  
Así que vivimos juntos,  
mi Dios y yo.

A veces estoy cansado;  
conoce mi débil ser.  
Me pide apoyarme en él,  
su ayuda es mi placer.  
Me guía por sendas de su luz,  
el sol me iluminó.  
Así que andamos juntos,  
mi Dios y yo.

Le cuento de mi tristeza,  
le cuento qué me alegró.  
Le cuento de lo que me place;  
le cuento qué me estorbó.  
Me dice lo que debo hacer,  
lo que otro intentó.

Así que hablamos juntos,  
mi Dios y yo.  
Él sabe cómo anhelo  
un alma por él ganar,  
llevarlo a sendas de su paz  
de sendas de pecar.  
Me manda contar de su amor,  
y por qué él murió.  
Así que obramos juntos,  
mi Dios y yo.  
—*F. S. Shepard*

(Este himno se cantaba en las cuevas del sur de Francia hace más de 350 años durante las feroces persecuciones contra los hugonotes.)

## Les encanta pasar tiempo juntos los dos solos

“Bajo la sombra del deseado me senté, y su fruto fue dulce a mi paladar. Me llevó a la casa del banquete, y su bandera sobre mí fue amor” (Cantares 2.3–4).

“Cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 6.6).

## Se bendicen y se alegran el uno al otro

En Rut 3.10–11, Booz le dice a Rut: “Bendita seas tú de Jehová, hija mía; has hecho mejor tu postrera bondad que la primera, no yendo en busca de los jóvenes, sean pobres o ricos. Ahora pues, no temas, hija mía; yo haré contigo lo que tú digas, pues toda la gente de mi pueblo sabe que eres mujer virtuosa.” La alegría de Booz es parecida a la alegría de Cristo cuando lo elegimos a él en lugar de buscar a otros.

Cristo se goza también en alegrarnos a nosotras. A él y a su Padre les *place* bendecirnos:

“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lucas 12.32).

“Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2.13).

“...en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (Efesios 1.5).

“...dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo” (Efesios 1.9).

A Cristo le place el hacernos felices. Definitivamente, él desea que su “gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Juan 15.11). Y Nehemías 8.10 afirma que “el gozo de Jehová es vuestra fuerza”.

Nosotras le respondemos a nuestro Amado de esta forma: “Bendice, alma mía, a Jehová. Jehová Dios mío, mucho te has engrandecido; te has vestido de gloria y de magnificencia” (Salmo 104.1).

## Su amor y fidelidad son manifiestos a otros

Las evidencias del amor en la pareja son patentes: la bondad, la cortesía y el respeto mutuo que se muestran. La vida familiar gozosa también demuestra el amor y la fidelidad de la pareja. Estas evidencias del amor matrimonial son como aromas fragantes que viajan por el aire hasta los vecinos. Los vecinos no ven la relación íntima y privada de la pareja, pero sí ven el resultado de su amor y fidelidad matrimonial.

Pasa lo mismo con nosotras y Cristo. El público no ve la comunión privada que gozamos con Cristo en nuestro aposento, pero sí ve el resultado.

La amada del libro de Cantares le dice al amado: “Levántate, Aquilón [viento del norte], y ven, Austro [viento del sur]; soplad en mi huerto, despréndanse sus aromas. Venga mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruta” (Cantares 4.16).

Nosotras las solteras debemos darle al Amado el control completo de nuestro “huerto”. Tanto las agradables brisas de alegría como los severos vendavales de prueba pueden hacer que se desprendan aromas para bendecir al Amado. Permitamos que nuestro Amado cultive y produzca sus frutos en nosotras. Así quedarán manifiestas a otros la fragancia del amor y la fidelidad que gozamos en Cristo. A su vez, otros también desearán tal relación con el amado más grande de todos.

## Se comunican diariamente

Los esposos que gozan de una buena relación se comunican a diario. Les encanta platicar con su pareja.

A nosotras también nos encanta la comunicación con el Señor por medio de la oración y la lectura de la Biblia.

Si te parece que sólo tú hablas en tu tiempo de adoración personal, une la lectura de la Biblia con la oración. Siéntate o arrodíllate con la Biblia abierta. Lee un versículo o dos. Ora de lo que dice el versículo; pide la ayuda de Dios para obedecer el mandato que presenta; añade una alabanza propia a la alabanza que expresa el versículo. Lee el siguiente versículo (ahora te habla Cristo), y responde con otra oración (ahora hablas tú). Sigue este sistema a través de un pasaje entero de la Biblia, y quedarás satisfecho por haberte comunicado con tu marido celestial.

Por supuesto, a veces preferirás guardar silencio mientras meditas y permites que él te hable, ya sea por medio de la palabra escrita o la voz del Espíritu Santo. A veces querrás expresarle a Cristo la alabanza que sientes en tu corazón. O tal vez quieras desahogarte con él.

El matrimonio tiene éxito sólo cuando ambos cónyuges se comunican entre sí con franqueza. Así también nosotras tendremos éxito en mantener nuestra relación con Cristo sólo si somos francas en nuestra comunicación con él. Cristo nunca nos falla en la comunicación, pero nosotras debemos asegurarnos de hacer nuestra parte en la comunicación que mantiene viva nuestra relación con él.



## Capítulo 9

### *Las prioridades*

En algunos capítulos anteriores, hemos tratado los paralelos que existen entre el matrimonio y nuestra relación con Cristo. En este capítulo, vamos a considerar *las prioridades* que les damos a las siguientes tres uniones en que se encuentra la mayoría de los cristianos:

- La unión con Cristo
- La unión con los hermanos
- La unión con el cónyuge

Sabemos que Cristo debe tener *la prioridad* en nuestra vida sobre cualquier otra cosa o relación. El apóstol Pablo afirmó: “*Para mí el vivir es Cristo*” (Filipenses 1.21). Todo aspecto de nuestra vida debe estar sujeto al motivo único de glorificar a Cristo.

Hace un tiempo, una hermana casada de mi iglesia tuvo una experiencia triste. Su marido no participó en la santa cena por haber cometido pecado. La hermana sí participó en la santa cena, pero después nos dijo a las hermanas:

—No vuelvo a participar en la santa cena si mi marido no participa. Él y yo somos uno. No me parece correcto haberlo hecho.

—Ya sé que fue una experiencia difícil —le dijo una de las hermanas mayores—, pero tu relación con Cristo debe tener prioridad.

Esta hermana mayor tenía razón. En el contexto del matrimonio, la relación conyugal tiene prioridad sobre toda otra relación. Pero en el contexto más amplio, Cristo tiene la prioridad.

Hice un estudio de nuestra unión con Cristo y su significado para nosotras. Algo que me resultó claro en ese estudio es que no podemos separar la unión con Cristo de la unión con otros creyentes. Sólo Cristo es el novio, pero yo sola no soy la novia, sino que formo *parte* de la novia, en comunión con todos los demás creyentes fieles. Yo tengo una relación personal con Cristo, pero no puedo apartarme de los demás que también gozan de la misma clase de relación con él, porque *juntos* somos la novia de Cristo.

Es imperativo que la relación con Cristo tenga más importancia que cualquier otra relación en la tierra. Sin embargo, si digo tener una buena relación con Cristo y no le doy importancia a la relación con los hermanos, miento.

Notemos algunos versículos bíblicos que se refieren a las tres uniones mencionadas anteriormente (la unión con Cristo, la unión con los hermanos y la unión con el cónyuge). Eso me inspiró mucho. Nota que la unión que tenemos con Cristo es muy íntima e intensa.

#### **Nuestra unión con Cristo**

Lo conocemos (Juan 10.14).

Él nos conoce (Juan 10.14).

Cristo está en nosotras (Juan 14.20).

Nosotras estamos en Cristo (Juan 14.20).

Somos sus amigas (Juan 15.14–15).

Podemos hacer peticiones en su nombre (Juan 16.23-24).

Somos de él (Romanos 14.8).

Nos unimos con él en espíritu (1 Corintios 6.17).

Él es nuestra vida (Gálatas 2.20).

Estamos revestidas de él (Gálatas 3.27).

Somos sus hermanas (Hebreos 2.11).

Somos participantes de él (Hebreos 3.14).

Tenemos comunión con él (1 Juan 1.3).

En el Nuevo Testamento habla *muchas* veces de nuestra unión con Cristo. Tú puedes buscar más versículos que se refieren a esa unión.

También busqué algunas citas bíblicas que se refieren a:

### Nuestra unión con los hermanos

Juntos, somos un cuerpo en Cristo (Romanos 12.5).

Todos somos miembros los unos de los otros (Romanos 12.5).

Debemos estar firmes en un mismo espíritu, unánimes (Filipenses 1.27).

Jesús oró que fuéramos uno, que fuéramos uno como el Padre y él son uno, que fuéramos perfectos en unidad (Juan 17).

Debemos guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Efesios 4.3).

Debemos combatir unánimes por la fe (Filipenses 1.27).

Todos los miembros deben estar bien concertados y unidos entre sí (Efesios 4.16).

Debemos estar bien coordinados e ir creciendo juntos (Efesios 2.21-22).

Debemos amarnos unos a otros (Juan 13.34).

Debemos tener paz los unos con los otros (Marcos 9.50).

Debemos sobrellevar las cargas los unos de los otros (Gálatas 6.2).

Debemos perdonarnos unos a otros (Efesios 4.32).

Debemos someternos unos a otros (Efesios 5.21).

Debemos confesar nuestras ofensas unos a otros (Santiago 5.16).

Seremos arrebatados juntos para encontrarnos con el Señor (1 Tesalonicenses 4.17).

Cristo dijo que una forma de servirle a él consiste en servir a otros. De la misma manera, demostramos nuestro amor por él cuando amamos a nuestros hermanos. Cristo dirá: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25.40).

Por último, busqué algunas citas bíblicas que se refieren a:

### La unión que existe entre los cónyuges

Son una sola carne (Mateo 19.4-5).

Dios los junta (Mateo 19.6).

La mujer está sujeta al marido mientras éste vive (Romanos 7.2).

Cada uno tiene potestad sobre el cuerpo del otro, y se le manda a cada uno cumplir el deber conyugal para con el otro (1 Corintios 7.3-4).

La mayoría de los versículos sobre la unión de los cónyuges no dice nada distinto de lo que incluyen los versículos sobre la unión entre creyentes o la unión que tenemos con Cristo. Es decir, en Cristo y en el contexto de la hermandad de creyentes, nosotras las solteras podemos experimentar el amor, la sumisión, y muchas de las otras condiciones que se experimentan en el matrimonio.

## Las prioridades para las solteras

Hay parejas casadas cuya relación conyugal es símbolo fiel del amor y la lealtad que existe entre Cristo y su pueblo fiel. Nosotras las solteras no tenemos parte en ese símbolo. Sin embargo, ¡podemos disfrutar la realidad de la unión con Cristo y su pueblo! Debemos darle máxima prioridad a la relación que tenemos con Cristo.

Estimada amiga soltera, nosotras podemos experimentar la unión con el verdadero Cónyuge. No la experimentamos físicamente, ¡sino espiritualmente!

Nadie nos puede separar de Cristo. “Nadie las arrebatará de mi mano” (Juan 10.28).

Somos “un espíritu” con Cristo. “El que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Corintios 6.17).

Si Dios nos ha llamado a ser solteras, debemos estar contentas y satisfechas. Hay muchas oportunidades para que la soltera sirva al Señor. Démosle prioridad a lo que nuestro Hacedor, nuestro marido, quiere obrar en nosotras y por medio de nosotras.

Amadas hermanas solteras, ¡la unión que podemos tener con Cristo y su pueblo nos debería emocionar mucho! Es una comunión íntima (espiritualmente), única y maravillosa. No hallaremos nada parecido en ninguna otra parte, sea en las sociedades mundanas, en los clubes mundanos o en los grupos de apoyo del mundo.

## *La amistad suprema*

¿Estás convencida de que el placer más grande es el de amar a alguien y ser amada por él? Ven, pues, permíteme dirigirte a una persona capaz de darte una satisfacción total. En realidad, es el único ser del universo que puede conceder todo lo que desea el alma humana. ¡El ser al que me refiero es tu Hacedor! Sólo él puede cumplir los deseos más grandes de tu alma. Él te invita a gozar la comunión más íntima con él. ¡Qué fuente de gozo y placer tan exquisitos se te presenta! Él te insta a cultivar esa amistad divina con él.

¿Lamentas tú las deficiencias de las amistades terrenales? ¿Estás triste por la falta de lealtad, o insatisfecha por el egoísmo existente en las amistades humanas? ¡Qué gran remedio se halla en el poder, la fidelidad y el favor de Dios! Tanto más alta, como la altura de los cielos sobre la tierra, es la amistad con Dios sobre toda amistad humana. La amistad humana es fluctuante y pasajera, y se halla mezclada con mucha corrupción. La amistad con Dios es permanente, pura y eterna.

Vemos lo que realza aun más esta amistad suprema cuando consideramos con quién goza el hombre esa amistad personal. Me refiero a la grandeza infinita del que otorga la bendición, y la bajeza infinita de los que reciben su favor. A un lado hay sólo gracia, amor y bondad. Al otro lado hay sólo imperfección y necesidad. “En esto consiste el amor”, dice el apóstol Juan, “no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros.”

Querida hermana, conocer a tu Hacedor y ser amiga de él satisface los anhelos más profundos de tu corazón.

—Robert Hawker

Tomado de *A Prop Against All Despair* (“Un apoyo contra la desesperación”) Old Paths Gospel Press, Choteau, MT, EE.UU. (Publicado originalmente por Ebenezer Palmer, Londres, Inglaterra)

Lo que antes me alarmó,  
mi paz ya no estorbará.  
En sus brazos vivo yo,  
en su seno paz me da.  
Pudiera yo aquí vivir,  
dejar la duda y el pavor,  
Cristo es mío; es mi Señor.

Para siempre soy de él.  
¿Quién podrán separar?  
Reposo como un broquel  
el corazón podrá llenar.  
Cielo y tierra podrán pasar,  
la luz perder su resplendor,  
mas con Dios yo voy a estar,  
Cristo es mío; es mi Señor.

—*G. Wade Robinson*

## Capítulo 10

### *Las relaciones íntimas*

Las relaciones íntimas en el matrimonio son símbolo de la intimidad más importante y espiritual que podemos tener con Cristo.

#### “Los dos serán una sola carne”

Sólo los cónyuges conocen los detalles únicos de la intimidad y la confianza que gozan. Así también, en la relación con el Señor, le contamos asuntos que no contamos a nadie más. No conocemos físicamente a Cristo (aunque él nos conoce físicamente a nosotras), pero 1 Corintios 6.17 afirma que “el que se une al Señor, un espíritu es con él”. ¡Somos un solo espíritu con él!

Ya que somos uno con Cristo espiritualmente, podemos gozar una intimidad espiritual con él a diario. Juan 15, como también las epístolas, hablan muchas veces de que Cristo está en nosotras y nosotras estamos en él. Además, la Biblia se refiere a que *conocemos* a Cristo y él nos *conoce* a nosotras. Como ya sabes, cuando la Biblia dice que un hombre “conoció” a su mujer, se refiere a la intimidad física. Y cuando la Biblia dice que Cristo nos conoce, se refiere a una unión espiritual muy íntima con él.

Aunque no vemos a Cristo en la carne, sabemos que él se dio físicamente por nosotras. Cuando estuvo aquí en la carne, dio su cuerpo y sangre por todo el mundo. Cristo dice:

“Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado” (Lucas 22.19).

“...mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo” (Juan 6.51).

Al creer en Cristo y unirnos a él espiritualmente, llegamos a ser miembros de su cuerpo. La Biblia dice:

“Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos” (Efesios 5.30). Esto es casi increíble, pero se hace realidad de manera espiritual y milagrosa por medio de vivir su vida y naturaleza divina en nuestra carne.

Nuestro cuerpo pertenece a Cristo. Él es el Novio que nos compró para hacernos su novia. Cristo vino en la carne (lee 1 Juan 4.2), y ahora mora en nuestros cuerpos de carne por su Espíritu Santo. Somos de él, ¡en cuerpo, alma y espíritu!

Esto de verdad es un gran misterio. En Efesios 5.32, Pablo también lo dice. Pero añade: “Digo esto respecto de Cristo y de la iglesia”. Muchas veces se lee Efesios 5 en una boda, y con razón. Por eso, pudiéramos creer que Pablo debería haber dicho: “Digo esto respecto del matrimonio cristiano y la relación entre los cónyuges”. Pero no dijo eso. Más bien, aclara que el mensaje mayor que desea comunicarnos en Efesios 5 se refiere a la intimidad de Cristo, el Novio, con su novia, la iglesia. Todo creyente, casado o soltero, forma parte de esa relación.

Así que Efesios 5 no es para los casados primeramente, como tal vez creíste. Es para los solteros igualmente. Cristo te ama. Él se dio a sí mismo por ti. Te escogió. Tú formas un espíritu con él y eres miembro de su carne y de sus huesos. El aspecto más hermoso de la intimidad en el matrimonio (el amor, la seguridad y la entrega total del uno al otro) es tuyo en Cristo, tu marido.

## Los cónyuges se entregan sin reserva el uno al otro

Así como la esposa “no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido” (1 Corintios 7.4), nosotras que amamos a Cristo deseamos darle todo derecho y potestad sobre nuestro cuerpo, alma y espíritu.

Nosotras las solteras no tenemos marido a quien dar el cuerpo. Pero no por eso podemos guardar para nosotras mismas el cuerpo de manera egoísta. ¡Ni pensarlo! La Biblia dice: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6.19–20).

Cuando nos entregamos a Cristo, cuerpo, alma y espíritu, descubrimos que todo lo material, físico y tangible pierde importancia en comparación con la realidad gloriosa de nuestra unión espiritual con Cristo, el Amado. Gozamos la realidad de la intimidad espiritual, de la cual la intimidad física que gozan los cónyuges no es más que simbólica.

Estimada soltera, si los deseos físicos se te vuelven un problema, o si eres tentada por ellos, considera lo siguiente: Supongamos que, en sí, la unión física con un hombre produzca la alegría y la satisfacción más sublimes (la sociedad nos bombardea con tal idea). En ese caso, las prostitutas serían las personas más felices del mundo. Quizá te parezca escandalosa esta declaración. Sin embargo, pensemos de manera objetiva: por maravillosa que sea la unión física en el matrimonio, lo que vale más es el amor, la seguridad, la consideración y la lealtad abnegada. ¡Cristo, nuestro amante, nos da todas esas condiciones! Ningún hombre podría darnoslas de manera tan completa y perfecta.

Nadie que renuncie a un amor humano por causa del amor a Jesús quedará sin consuelo (lee Marcos 10.29–30; Juan 14.18). Nuestra grandísima necesidad como solteras nos hace depender completamente de Cristo.

La intimidad física de los cónyuges es un placer puro si tienen la mente pura y se aman de manera pura y exclusiva. Nosotras las solteras conocemos el deseo natural por tal relación, y ese deseo no es pecado. Pero tenemos que mantenerlo bajo control estricto o de lo contrario causará grandes estragos.

Si alguna lectora ha experimentado tal falta de control de sus deseos naturales, favor de no desesperarse. Recordemos que para Dios todo es posible. Si Jesús perdonó a la adúltera y a María Magdalena, la poseída por los demonios, nos perdonará a nosotras también si nos arrepentimos sinceramente.

Para nosotras que no tenemos marido, es muy importante entregarle diariamente el cuerpo al que lo creó: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Romanos 12.1).

Pablo, hablando de entregar el cuerpo a Dios, dice que él quisiera que todos fueran solteros así como él. Luego dice: “Pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo [la soltería], y otro de otro [el matrimonio]”. Dice también: “Mejor es casarse que estarse quemando” (1 Corintios 7.7–9). Casi parece que Pablo dice que la soltera puede decidir casarse si le es demasiado difícil permanecer soltera. ¡De lo más sencillo! Quizá en

algunas culturas sea así de sencillo, pero en otras no lo es. Creo que lo más importante es pedirle a Dios que nos dé el don indicado para las circunstancias en que nos hallemos. Si Dios nos ha dado el don de la soltería, así como se lo había dado a Pablo, debemos tener la misma meta en la vida que tenía él:

Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte (Filipenses 3.8-10).

## *Jesús*

Jesús, estoy descansando  
en el gozo de tu amor.  
Yo descubro la grandeza  
de tu ser, Señor.

Me pediste en ti fijarme,  
tu belleza me llenó;  
por tu poder transformador  
mi alma se salvó.

Oh, cuán grandes tus bondades,  
anchas son más que el mar.  
Tu amor, ¡qué maravilla!,  
tú me quieres dar.

Sí, descanso en ti, Amado  
¡cuán grandiosa gracia das!  
Sé que es cierta tu promesa,  
la reclamo más.

Confío en ti, Señor Jesús;  
en verdad te puedo ver.  
Tu amor, tan puro siempre,  
llena ya mi ser.

Cumple todo mi deseo,  
atiende tú a mi clamor;  
cólmame de bendiciones  
tu grande amor.

Que vea yo tu rostro siempre  
mientras por ti laboro.  
Tu sonrisa, Señor, cambia  
sombra en oro.

Gloria como la de mi Padre,  
de su rostro eres luz.  
Que me guardes descansando,  
lleno de ti, Jesús.

—*Jean Sophia Pigott*



## Capítulo 11

### *El fruto del matrimonio*

Cuando Cristo estableció el hogar, obró para que se cumpliera su primer mandamiento al género humano: “Fructificad y multiplicaos” (Génesis 1.28).

Cuando Cristo compró para sí la iglesia, hizo posible que los redimidos fructificaran y se multiplicaran espiritualmente en unión con él.

La unión de los cónyuges en el matrimonio trae como resultado el nacimiento físico de hijos. La unión de Cristo y su pueblo también resulta en nacimiento. Me refiero al nacimiento de nuevo de almas para el reino de Dios.

Cuando dos personas abnegadas y piadosas se unen en matrimonio, surge en ellos un fuerte deseo, dado por Dios, de tener hijos. Los hijos son el fruto de su amor, y dan gozo y satisfacción al hogar. Si los padres los disciplinan en la verdad, y los dirigen hacia el reino de Dios, glorifican a Dios.

Cuando Cristo y tú como creyente se unen en una unión santa, el deseo de hijos que Dios te ha dado se puede satisfacer por medio de llevar almas a Cristo e instruirlos en justicia. Cristo desea engendrar hijos espirituales por medio de ti. Son el fruto de su amor por ti y de tu amor por él, y te darán mucho gozo y satisfacción.

“Regocíjate, oh estéril, la que no daba a luz; levanta canción y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto; porque más son los hijos de la desamparada que los de la casada, ha dicho Jehová.

Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades assoladas” (Isaías 54.1–3).

“Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad” (Daniel 12.3).

“En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Juan 15.8).

Los hijos espirituales, al igual que los hijos biológicos, exigen trabajo y tiempo, sudor y lágrimas, sacrificio y partos dolorosos para que vean la luz, y para que crezcan y aprendan la disciplina de manera que lleguen a ser miembros saludables y maduros de la familia de Dios.

Pablo, el apóstol soltero, se dirigió así a los gálatas: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gálatas 4.19). A los corintios, Pablo los amonestaba “como a hijos míos amados” (1 Corintios 4.14), y hablaba de una relación especial con ellos al escribir: “Porque aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio” (1 Corintios 4.15). Además, Pablo se dirige a Timoteo como a su “verdadero hijo en la fe” (1 Timoteo 1.2), y como a su “amado hijo” (2 Timoteo 1.2). En la carta a Filemón, Pablo dice: “Te ruego por mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis prisiones” (Filemón 10).

Juan, en sus epístolas, se refiere repetidas veces a los lectores como a “hijitos”. Por ejemplo, en 1 Juan 2.1, se dirige a los lectores como “hijitos míos”. También dice: “No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Juan 4).

Primera de Tesalonicenses 2 expresa bien el anhelo profundo por los hijos, ya sean biológicos o espirituales. Notemos algunos de los versículos en 1 Tesalonicenses 2 que expresan el anhelo profundo de Pablo por hijos espirituales:

El versículo 1: “Nuestra visita a vosotros no resultó vana.” (Pablo tenía un anhelo patente de ver fruto.)

El versículo 7: “Fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos.”

El versículo 8: “Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos.”

El versículo 9: “Trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros.”

El versículo 11: “Como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros.”

Los versículos 19 y 20: “Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo.”

Raquel de antaño exclamó: “Dame hijos, o si no, me muero”. Así también, los padres, profesores, y todas las solteras que hemos orado por la salvación de las almas y hemos laborado por ellas, exclamamos de corazón: “¡Dame estas almas preciosas para Cristo!”

El gozo más sublime de los padres cristianos es poder presentar sus hijos a Cristo. Nosotras las solteras cristianas estamos casadas con Cristo, y nuestra unión fructífera con él produce hijos espirituales. Nuestro gozo más sublime es poder presentar a Cristo esos hijos en su venida.

En este campo podemos ser igual de fructíferas que las hermanas casadas. La soltera unida con Cristo conocerá el gozo de crear vida nueva en comunión con él. Es el deseo de él que llevemos fruto para vida eterna. Conoceremos así el gozo de ser madres espirituales.

## Capítulo 12

# *Na la separe el hombre*

### Dios aborrece el repudio

Cristo se aflige cuando hay algún desacuerdo, descuido o infidelidad entre los cónyuges. Se entristece cuando tal situación amenaza con terminar la intimidad y el gozo de la pareja. Él aborrece el divorcio.

Cristo se aflige también cuando se enfría el amor de un miembro de su novia. Se entristece cuando el miembro comienza a coquetear con el mundo. La infidelidad a Cristo amenaza con terminar la relación íntima y gozosa con él. Cristo aborrece el divorcio. La Biblia dice:

“Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio (...). Guardaos, pues, en vuestro espíritu, y no seáis desleales” (Malaquías 2.16).

“Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mateo 19.6).

En 1 Corintios 7.10–17, la Biblia dice que el marido creyente no debe abandonar a la esposa incrédula mientras ésta consienta en vivir con él, porque “¿qué sabes tú, oh marido, si quizá harás salva a tu mujer?” (v. 16). Pero si ella insiste en separarse, que se vaya. Ella cosechará las consecuencias tristes de su decisión, pero él quedará libre de culpa.

La Biblia indica que nosotras podemos tratar de manera parecida a nuestro marido. Cuando nos hacemos creyentes, nos unimos con él. Sin embargo, si luego nuestro amor por él se enfría y dejamos de serle fiel, él siempre permanece fiel. “Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo” (2 Timoteo 2.13). Cristo hace todo lo posible por reestablecer las buenas relaciones con nosotras, pero si persistimos en rebelarnos e insistimos en divorciarnos de él y fornicar con el mundo, él respeta el libre albedrío que nos dio. Él nos permite dejarlo para que cosechemos las consecuencias tristes de nuestra decisión. No obstante, sigue rogándonos que nos arrepintamos y volvamos a él.

Según la ley del Antiguo Testamento, al marido no se le permitía volver a recibir como esposa a la que él había echado, después de que ésta se hubiera casado con otro. Cuán grandes y maravillosos, pues, la misericordia y el amor de Dios, porque él procuró ganarse de nuevo al Israel adúltero, y le rogó que volviera a vivir con él. Lee Ezequiel 16. Allí notarás el anhelo de Dios, sus ruegos y sus promesas de restauración. En el libro de Oseas también se usa mucho la analogía de la infidelidad matrimonial y la fornicación espiritual.

El Nuevo Testamento también nos manda alejarnos del adulterio espiritual y permanecer fieles a Cristo, nuestro marido. Véanse, por ejemplo, Santiago 4.4 y las súplicas de Cristo a las iglesias en Apocalipsis 2 y 3. Él ruega que los descarriados escuchen la voz del Espíritu y vuelvan a él. Únicamente así recibirán las promesas maravillosas que él quiere darle a su amada novia.

No dejemos que el mundo nos seduzca. Seamos fieles a Cristo, nuestro marido, y no abusemos nunca de su misericordia.

## Es imperativo el cuidado para que el matrimonio sea exitoso y perdurable

El enlace del amor es fuerte, y cuando somos fieles, ningún poder nos puede divorciar de nuestro amado:

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? (...) Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 8.35, 38-39).

Sin embargo, esto no nos exime de la responsabilidad de cuidar nuestra relación con Cristo. Él nos manda en Juan 15 que debemos *permanecer en él* y en su amor. Incluso su promesa de que “no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Juan 10.28) se aplica únicamente a las personas que él incluye cuando dice “oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (Juan 10.27).

Cristo “es poderoso para guardaros sin caída” (Judas 24), pero nosotras debemos mantenernos en su amor. La Biblia dice: “Vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, *conservaos en el amor de Dios*” (Judas 20-21).

Estos versículos, y muchos otros en la Biblia, hacen patente que si ha de perdurar la unión que tenemos con Cristo, tanto nosotras como él tenemos que poner de nuestra parte. Sabemos que Cristo siempre hace su parte y, más bien, hace más que su parte. Somos nosotras las que a menudo fallamos en tener un amor y una lealtad perfectos.

A menudo nos parecemos demasiado a la sulamita de Cantares. Por lo común, ella alababa mucho al novio y lo servía con prontitud. Pero una tarde estaba fatigada. Se quitó la ropa, se lavó los pies, y se acostó. Tanto sueño tenía que cuando oyó al amado que llamaba a la puerta, no sintió ganas de levantarse pronto y servirle con gusto. Cuando al fin se levantó, él “se había ido, había ya pasado” (Cantares 5.6). Ella experimentó humillación y pena antes de que él se le acercara de nuevo.

Asimismo, nosotras a veces nos volvemos tan perezosas que no respondemos pronto cuando nos llama nuestro Amado. Cuando al fin se nos ocurre responderle, nos damos cuenta de que ya no estamos junto a él.

Sin embargo, podemos estar seguras de que Cristo no está lejos. Tan pronto nos arrepentimos de nuestra falta de amor, él nos recibe nuevamente.

Cristo nos dice: “Permaneced en mi amor” (Juan 15.9). De este modo, gozaremos siempre de una buena relación con él.

He notado que muchas veces la pareja de mediana edad ya no tiene el entusiasmo de antes. No es nada extraño que necesiten aprender a expresar su amor el uno al otro. Les toca renovar el amor, tomar tiempo para disfrutar la compañía del otro y admirarse mutuamente.

A veces nosotras también necesitamos reavivar el fuego de nuestro amor por nuestro Amado. Precisa que renovemos nuestros votos y reanitemos nuestro deseo de agradecerle en todo. Apreciemos nuevamente su extraordinaria hermosura.

Tenemos que matar a las “zorras pequeñas, que echan a perder las viñas” de nuestro amor por Cristo. Algunas “zorras pequeñas” podrían ser la preocupación por nosotras mismas y

nuestro estado de salud, o el estar demasiado sumergidas en nuestros asuntos diarios. Es preciso aprender a *vivir en su presencia* en todo momento. Así reforzamos el pacto de amor que tenemos con Cristo de manera que ninguna persona o cosa pueda apartarnos de él.

## Capítulo 13

### *Para siempre con el Señor*

Notamos en el primer capítulo que ya estamos unidas *espiritualmente* con Cristo. Caminamos con él a lo largo de nuestra vida cristiana aquí en la tierra en una relación amorosa, significativa y fructífera.

Pero la unión espiritual que tenemos ahora con Cristo es sólo el compromiso matrimonial con Cristo. ¡Lo mejor nos espera en el futuro! Esperamos la cena de bodas y la consumación de nuestra unión cuando él venga por su novia, de la cual nosotras formamos parte.

#### **Nosotras esperamos con gozo su venida**

La Biblia afirma que “cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. (...) Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.” ¡No se nos ha contado ni siquiera la mitad de la grandeza de lo que nos espera en el futuro con Cristo!

En tu presencia estar, Señor,  
qué gozo me dará.  
Si en esta vida soy feliz,  
el cielo, ¿qué será?

—*Frances R. Havergal*

En Apocalipsis 3.4, Jesús dice de las personas fieles que ellas “andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas”. Nos parece demasiado maravilloso; sin embargo, así será, porque él lo ha prometido.

Las poetisas aciertan cuando dicen:

La novia ve al novio  
la propia ropa, no.  
No miraré la gloria  
mas al que me salvó.

No miraré corona,  
sino su rostro fiel;  
la gloria es del Cordero  
en patria de Emanuel.

—*Annie R. Cousin*

Cara a cara, ¡cuán glorioso  
ha de ser así vivir,  
ver el rostro de quien quiso  
nuestras almas redimir!

—*Sra. de Frank H. Breck*

Serviremos a Cristo día y noche. Ya no sufriremos hambre ni sed porque Cristo nos dará refugio en su santuario. Él nos pastoreará y nos guiará a fuentes de agua viva; y Dios enjugará toda lágrima de nuestros ojos (véase Apocalipsis 7.15–17).

Cuando yo tu rostro pueda mirar,  
en el trono contigo pueda estar,  
de tu amor tan alto, profundo,  
el más ancho y fuerte del mundo,  
yo cantaré.

—*Mary Shackleton*

“Apresúrate, amado mío” (Cantares 8.14).

“Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22.20).

## Él espera con gozo su venida

No sólo nosotras esperamos gozosamente la culminación gloriosa y eterna de nuestra unión con Cristo, sino que él también la espera con mucha ilusión y gozo.

Cristo nos dirá: “Entra en el gozo de tu señor” (Mateo 25.21).

Cristo oró a su Padre: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado” (Juan 17.24).

“Por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz” (Hebreos 12.2).

“Es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 1.24).

El deseo de Cristo de recibirnos en el cielo se parece mucho a nuestra ansia cuando apenas podemos esperar para contarle algo a un amigo. No sé quién se gozará más (Cristo o nosotras) en ese gran día cuando nos reunamos con él.

Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. (...)

Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. (...) Estas son palabras verdaderas de Dios (Apocalipsis 19.6–9).

## Apéndice 1

### *Breves biografías de solteras mencionadas en la Biblia*

Son notables las biografías de algunas mujeres solteras, o que enviudaron, mencionadas en la Biblia. Permitamos que las vidas de estas solteras amorosas de Dios nos alienten a seguir en pos de Cristo.

#### La viuda de Sarepta (1 Reyes 17.10–24)

Por la fe, la viuda de Sarepta alimentó a Elías usando el último puñado de harina y las últimas gotas de aceite que tenía en casa. ¿Puedes imaginarte lo que sería dar lo último sin saber cómo se las arreglará para preparar la próxima comida? Ella así lo hizo, porque Dios se lo había mandado, y encontró la bendición de experimentar la capacidad de Dios para multiplicar la comida milagrosamente. Más tarde, presenció el milagro de la resurrección de su hijo muerto. Además, a ella le fue concedido el conocer personalmente a un varón de Dios. Ella le dijo: “Ahora conozco que tú eres varón de Dios, y que la palabra de Jehová es verdad en tu boca.”

#### Ana, la profetisa (Lucas 2.36–38)

Ana, viuda hacía ochenta y cuatro años, debe de haber llevado una vida solitaria. La vida de la viuda no era fácil en aquel entonces. La Biblia dice que Ana no salía del templo. Adoraba a Dios día y noche con ayunos y oraciones. ¿No hubiera sido más fácil vivir con un pariente y llevar una vida más suave, en especial después de llegar a ser muy anciana? Sin duda, ella tenía una gran fe que la mantuvo fiel día tras día, noche tras noche, y año tras año. Pero al fin su fe fue galardonada. ¡Se le otorgó el privilegio de conocer al niño Jesús! ¿Puedes imaginarte ese rostro anciano y arrugado, radiante de gozo? ¿Puedes oír la voz de abuelita mientras “daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén”?

#### María de Betania (Marcos 14.3–9; Lucas 10.38–42; Juan 11–12)

María, hermana de Marta y Lázaro, será recordada por escoger lo que llamó Jesús “la buena parte”. Ella se sentó a lo pies de Jesús para escuchar lo que él decía.

En una ocasión, María tomó un vaso de nardo puro, que era un perfume muy caro, y lo derramó sobre los pies de Jesús. Luego enjugó los pies de Jesús con sus cabellos. Aquello era una muestra de lealtad muy poco común que daba testimonio del amor que María le tenía a Jesús. También demostraba que ella comprendía la gran dignidad de su Señor.

#### Marta de Betania (Lucas 10.38–42; Juan 11–12)

Fue el amor que Marta le tenía a Jesús lo que la motivó a hospedarlo a menudo en su casa. Y Jesús también la amaba. La Biblia dice: “Amaba Jesús a Marta” (Juan 11.5).

En una ocasión, Jesús tuvo que amonestar a Marta porque ella se sentía demasiado abrumada por los muchos quehaceres. Él le dijo: “Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas” (Lucas 10.41). Estoy segura de que Jesús la amonestó con mucha ternura.



Cuando murió Lázaro, el hermano de Marta, ésta expresó fe en la resurrección. Expresó también que creía firmemente que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios, que había de venir al mundo (Juan 11.21-27).

### María Magdalena (Mateo 27.57-61; Marcos 16.1-9; Lucas 8.2-3; Juan 20.11-18)

La vida de María Magdalena es prueba de que hay esperanza incluso para las solteras que han estado atadas por el diablo. Después de que Jesús echara de ella siete demonios, María Magdalena llegó a ser una de sus seguidoras más fieles. Ella, junto con otras mujeres sanadas, “le servían de sus bienes”. Estoy segura de que María Magdalena amaba mucho a Jesús porque sabía perfectamente que se le había perdonado mucho. Ella presenció la crucifixión, miró el lugar de su sepultura y llevó especias al sepulcro. Se quedó en el huerto aun después de que sus compañeras se fueron, y como recompensa, fue la primera en ver al Jesús resucitado.

### La viuda pobre (Marcos 12.41-44; Lucas 21.1-4)

Ni siquiera conocemos el nombre de la viuda pobre, pero en los evangelios se le da una mención honorífica. Ella amaba tanto a Dios que callada y confiadamente echó en el arca de las ofrendas sus últimas dos moneditas. Estoy segura de que ella no tenía ni la menor idea de que el mismo Hijo de Dios lo notaría y la alabaría por ello. Me pregunto qué fue de ella después de ese día. No sé cómo pensaba sustentarse en el futuro. Sin embargo, no hay duda de que tenía una fe muy fuerte en Dios quien la sustentaba.

### Dorcas (Hechos 9.36-43)

Su nombre significa “gacela”. Creo que en cuanto a belleza y vivacidad espirituales, Dorcas se parecía a una gacela. Dice Lucas, en Hechos 9.36, que Dorcas “abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía”.

Cuando murió Dorcas, el apóstol Pedro llegó a la sala donde ella yacía muerta. Muchas viudas sollozaban junto al cuerpo y mostraban las túnicas y los vestidos que Dorcas había hecho cuando aún estaba con ellas. En aquel entonces no había máquinas de coser. ¿Cuántas horas pasaría Dorcas cosiendo para las viudas pobres sin recibir buena remuneración? Ya sabes que, por lo común, ser viuda significa ser pobre. Sin embargo, Dorcas sabía que las viudas necesitan ropa. Ella debe de haber tenido mucha paciencia y un gran corazón lleno del amor de Cristo.

\* \* \* \* \*

Supongamos que alguien escribiera una breve biografía de nosotras. ¿Qué escribiría? Por la gracia de Dios, permitamos que nuestro Hacedor, nuestro marido, ejerza más influencia y control en nuestra vida. Sólo así la historia de nuestra vida será de bendición para otros.

## Apéndice 2

### *Salas sin ser solitarias* [iii]

**Texto:** “No estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Juan 16.32).

**Poesía:** (escrita por una hermana que después enviudó)

Quizá, Señor, en un día del futuro tu mano poderosa me guiará  
adonde yo me quede sola, muy sola,  
adonde sólo tú, Amado, me acompañarás.  
Si puedo ver a Jesús, me quedo satisfecha.  
No sé cuál es tu plan para mi futuro;  
mi alma halla en ti su todo, su hogar,  
mis deseos todos están delante de ti.  
A dondequiera, a tu manera, me guíes a mí, decido en ti confiar.

Hay razones para sentirse solo. La soledad nos asecha, no sólo por ser solteros, sino también por ser personas. Incluso hay esposas que se sienten solas. Por ejemplo, cuando el esposo pasa mucho tiempo fuera de casa, o es muy callado.

No es malo sentirse solo. Pero cuando aprendemos a gozar una dulce comunión con Cristo, hallamos la manera de enfrentarnos con la situación, seamos solteros o casados. De otro modo, nos sentimos solos, seamos casados o no.

Cristo suple una necesidad que ningún otro puede suplir, ni siquiera el cónyuge. Las personas no suplen a la perfección toda necesidad. Sin embargo, toda persona tiene necesidad de otros. No todos estamos en la misma situación; unos se sienten más solos que otros. Esto depende en parte de la personalidad. Depende también de si nuestros compañeros están en la misma onda que nosotros o no.

A veces las solteras se ven a sí mismas como personas “quedadas”. Pero son ellas las que se sienten así. A los ojos de Dios, no son inadaptadas ni quedadas.

No podemos esperar que pasaremos por la vida sin sentirnos solos a veces. Pero podemos aprender a lidiar con la soledad. En el Salmo 102.6–7, David se sintió como el pelícano del desierto, el búho de las soledades, el pájaro solitario sobre el tejado.

El Salmo 68.5–6 dice: “Padre de huérfanos y defensor de viudas es Dios en su santa morada. Dios hace habitar en familia a los desamparados.” Él provee un hogar para los solitarios. En la comunidad de los creyentes encontramos un hogar y una familia.

En esta tierra, ¿quién puede darnos el compañerismo perfecto? ¡Sólo Jesucristo! Él desempeña muchos papeles para nosotros. En realidad, para nosotros él lo es *todo*. Dios nos ha dado “Pedros, Jacobos y Juanes”, pero a veces ellos se duermen cuando deseamos su compañerismo, como lo hicieron cuando Jesús los necesitó en Getsemaní. Pero Jesús nunca nos decepcionará. Él es nuestro Redentor. Somos de él porque él nos creó y porque él cambió nuestro “estado civil”. Es decir, por él hemos nacido en otra familia, la familia de Dios.

Él es nuestro amigo especial. Nos tiene esculpidos en las palmas de las manos (Isaías 49.16). No soy tan sólo “una persona más”. Cristo me conoce a mí personalmente. Él es mi compañero

constante en la mañana, al mediodía y durante la noche. Esto no lo comprendía bien hasta después de perder a mi esposa...

Cristo me comprende hasta los tuétanos, aunque otros quizá no me comprendan. Comprende cada tentación y enfermedad. Comprende mi soledad.

Aun si gozamos del compañerismo humano, nuestro corazón se sentirá solo hasta que descansemos en Cristo. Él nos hizo para sí. Nos sentiremos solos hasta que hallemos dulce compañerismo en el seno de Cristo.

Poco a poco podemos crecer en nuestro contentamiento en la soltería. No es malo desear el matrimonio. Tenemos metas y deseos, pero tenemos que estar dispuestos a dejar de lado nuestra propia agenda y aceptar la agenda de Dios. Cuando lo hacemos, el corazón está en paz, libre de la codicia, libre de tener que andar siempre a tientas en busca de propósito. Cuando aceptamos la agenda de Dios, él nos libra de andar adoloridos y retraídos. Al contrario, estaremos confiados en él. Disfrutaremos su maravillosa presencia y moraremos en ella.

He gozado de unos de mis mejores momentos con el Señor estando totalmente solo. En tales momentos no hay soledad.

La soledad puede ser una senda que nos lleva al desierto... o una senda que nos lleva a Dios.

El Salmo 84.1-7 dice: “¡Cuán amables son tus moradas, oh Jehová de los ejércitos! Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová; mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo. Aun el gorrión halla casa, y la golondrina nido para sí, donde ponga sus polluelos, cerca de tus altares, oh Jehová de los ejércitos, Rey mío, y Dios mío. Bienaventurados los que habitan en tu casa; perpetuamente te alabarán. *Selah*. Bienaventurado el hombre que tiene en ti sus fuerzas, en cuyo corazón están tus caminos. Atravesando el valle de lágrimas lo cambian en fuente, cuando la lluvia llena los estanques. Irán de poder en poder; verán a Dios en Sion.”

Cada clase de pájaro tiene su propio tipo de nido. Mi “nido” como soltero está en el lugar que Cristo ha provisto, donde él y yo moramos juntos.

Podemos llegar a ser vulnerables en el “desierto” de las situaciones difíciles si no tratamos con la soledad. Por la gracia de Dios, podemos hacer que crezca vida nueva en el valle de lágrimas. Podemos ir de “poder en poder”, o sea, de recurso en recurso, como los oasis del desierto. Como solteros, ¿cuáles son algunos recursos u oasis que podemos hacer nacer en nuestro valle de lágrimas?

Goza de una relación social sana tanto con los casados como con los solteros.

Mantén unos pocos amigos íntimos, pero evita formar un grupo de amigos apartados de los demás.

Evita enfocar en ti mismo.

Evita el resentimiento.

Sé resuelto. Sirve a otros, sirviendo y acercándote al Señor “sin impedimento” (1 Corintios 7.35).

### **Himno de clausura:**

Temor no hay, pues Dios me guarda siempre,  
mi Dios y yo gozamos comunión.

Con él hablando, con él caminando,  
seguro estoy de toda perdición.

Habito aquí según su plan perfecto,  
mi Dios y yo gozamos comunión.  
No puedo verlo, mas me acompaña,  
ahuyenta toda la tribulación.

En esta tierra no hay gozo más completo,  
mi Dios y yo gozamos comunión.  
Él es mi fuerza y mi compañero,  
servirlo a él me da gran bendición.  
—A. O. Bell

---

[i] “Mi deleite”

[ii] “Mi esposa”

[iii] Apuntes de un mensaje de Melvin Roes